

31 DAD AU

CION GE

1981

BS531
R6
C.1

0 779



1080020655

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



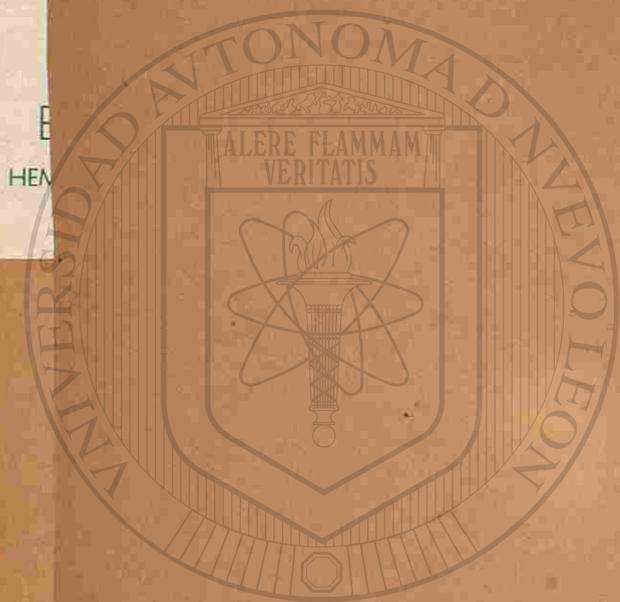
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Emeis. S.
F. Xejuno
s. m*



BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA

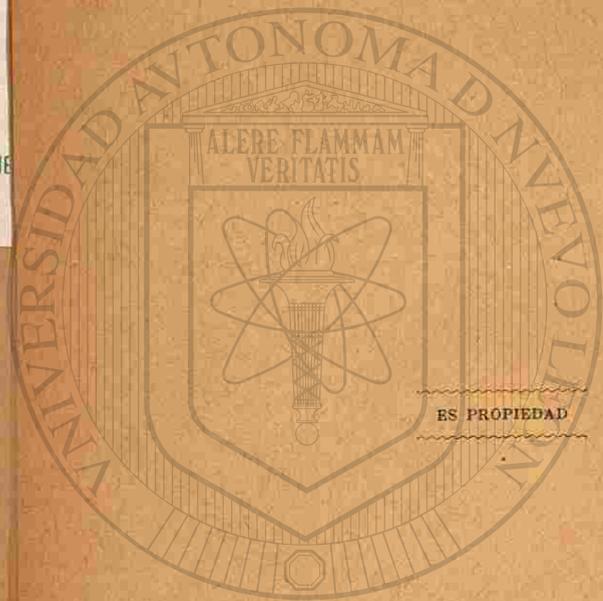
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HE



BIBLIA

Y

EGIPTOLOGÍA

POR EL

P. FÉLIX ROUGIER

MARISTA

PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA Y HEBREO

MEMORIA

PRESENTADA AL CONGRESO CATÓLICO NACIONAL DE SEVILLA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE LA CALLE VILLAS y TELLO

BARCELONA

Librería de ANTONIO J. BASTINOS

CALLE DE PELAYO

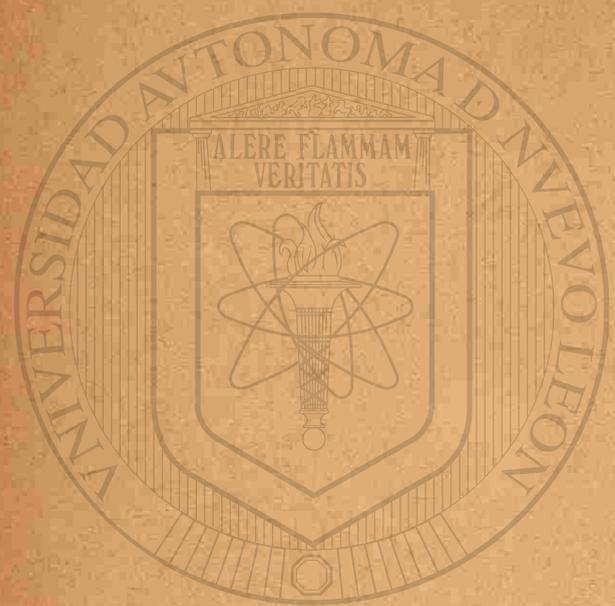
1893



IMPRESA DE LA CALLE VILLAS Y TELLO

44537

226
R B5531
R 6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Á LA VÍRGEN MARÍA

en memoria de su destierro y morada

EN

EGIPTO

dedica este humilde trabajo su amantísimo servidor

Félix Rougier Olanier,
marista.



1007793

CENSURA

DEL CANÓNICO

Dr. D. Jaime Almera, Pbro.

Muy Ilustre Señor: La obra intitulada BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA, cuya censura se ha dignado conferirme, es un libro sólido y utilísimo bajo todos conceptos, y destinado á producir saludables frutos en nuestra patria.

Fundadas todas sus conclusiones, unas en documentos antiguos, como son las inscripciones y jeroglíficos de los monumentos y papiros egipcíacos en la actualidad descifrados; otras en la historia antigua y en hechos de la naturaleza; y otras, en fin, en la autoridad de sabios ortodoxos; contiene una brillante demostración de la verdad del Pentateuco.

Por tanto, nada contiene que se oponga al dogma ni á la moral católica, antes bien, encierra doctrina sana y ortodoxa, y merece, salvo el mejor parecer de V. S., que se le conceda su aprobación y licencia para que pueda ver la luz pública.

Barcelona, fiesta de la Ascensión del Señor, 11 de Mayo de 1893.

Jaime Almera, Pbro.

Canónico.

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona, 12 de Mayo de 1893.

Vista la favorable censura del M. I. S. Canónico Dr. D. Jaime Almera, concedemos permiso para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA, escrita por el Rdo. P. D. Félix Rougier, de la Sociedad de María.

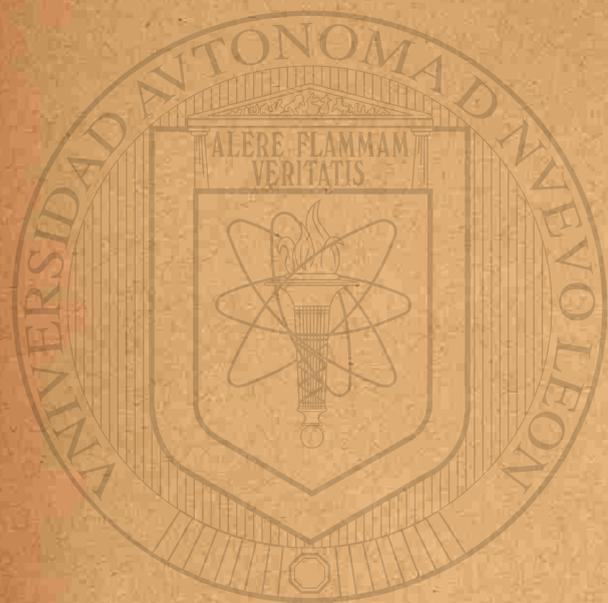
El Vicario General,

Francisco de Pol

Por mandado de Su Señoría:

Dr. Jaime Bruzueras, Pbro.

Secretario Cancelario



PRÓLOGO

LÉON XIII, en su *Breve* dirigido á Monseñor d'Hulst hace pocos años, se expresaba así: «Los partidarios del racionalismo y del naturalismo, vencidos por los argumentos de la metafísica, han cambiado de terreno y de táctica: prefieren descender del terreno de la razón al teatro de las cosas sensibles (1).»

Este cambio radical, en la manera de atacar nuestras creencias, ha sido muy hábil y muy oportuno de la parte de los racionalistas: en un tiempo en que los estudios científicos é históricos han hecho tan grandes progresos, han podido beneficiar los primeros destellos obtenidos con tales descubrimientos.

(1) *Breve á Monseñor d'Hulst y á los organizadores del Congreso científico internacional de París, 1888.*

En todas partes han vuelto á abrir los Libros Santos para estudiarlos minuciosamente, á fin de convencer que en dichos libros existía el error.

Los han comparado en todos sus detalles con los libros sagrados de los pueblos más antiguos: con los *Vedas* de los indios, con el *Avesta* de los persas, con las doctrinas de *Sakia-Muni*, con los *Kings* de los chinos, los monumentos religiosos del Egipto, y se han esforzado en demostrar que nuestros escritores inspirados no habían hecho otra cosa que tomar, en diversos lugares de sus escritos, los dogmas de los indios, de los persas y de los antiguos egipcios.

Mas los racionalistas no se han limitado á eso, puesto que, como los israelitas han tenido relación con gran número de pueblos, y como muchos de nuestros Libros Bíblicos hacen conocer en parte estas relaciones, han hecho lo posible para demostrar que hay en la Biblia muchísimos errores históricos (1).

Ha habido, con este motivo, en el terreno de la ciencia y de la historia, ardientes luchas, en

(1) Algunos sabios católicos son bastante atrevidos y temerarios para decir que se pueden encontrar en la Biblia errores históricos. Su teoría ha sido expuesta recientemente con mucho talento. (*M. d' Hulst, La Question Biblique, Paris, 1893*). Dos autores que hicieron lo posible para acreditar esta teoría, que parece contraria á las decisiones de los concilios de Trento y del Vaticano, han sido condenados por la Congregación del Índice. (*F. Lenormant, Les Origines de l'histoire, Paris, 1880*.—El canónigo *Di Bartolo, Les critères théologiques, Paris, 1893*.)

las que los católicos han obtenido brillantes triunfos.

La ciencia egiptológica ha sido de grande ayuda para los apologistas de la Biblia.

Los hebreos permanecieron 430 años en Egipto (1), y si ignoramos casi del todo su historia (2) bajo la XVIª, XVIIª y XVIIIª dinastía, en cambio el Génesis y el Exodo nos dan muchos detalles sobre los últimos años y el fin de este largo cautiverio que se terminó sólo bajo la XIXª dinastía.

Convenía demostrar, para oponerse á las afirmaciones sin base de los enemigos de la Revelación, que los relatos egipcios de la Biblia estaban en un todo conformes con los hechos ciertos que nos revelan los descubrimientos actuales, verificados en el imperio de los Farao-nes (3).

Los 164 fragmentos del *papiro de Turín*, crónica redactada bajo el reinado de Ramsés II (4);

(1) Exodo, xii, 40.

(2) Véase sin embargo un buen trabajo de *de Moor (Les Hébreux établis en Palestine avant L'Exode. Revue Biblique, t. I., págs. 388-415. Año 1892)*.

(3) Véase todo el capítulo VII—*Arqueología egipcia*—de la excelente obra del Dr. D. Manuel de la Peña y Fernández, titulada: *Manual de Arqueología prehistórica*, en 4.º, págs. XX-962. Sevilla, 1890.—Consultar también *La Biblia y la Ciencia*, por el Cardenal González, t. II, págs. 458-477.

(4) Este papiro sería el monumento más importante encontrado hasta ahora si no fuese tan incompleto.

la *Sala de los Antepasados* (1), ofreciendo el retrato de 61 de los predecesores de Tutmés III (XVIIIª dinastía); las dos *Tablas de Abidos*, descubiertas por Mariette, y que arrojan un poco de luz sobre las espesas tinieblas que se extendían desde la VIª á la XIª dinastía; la *Tabla de Sakkarah*; las cartas descubiertas en 1887 en Tell el-Amarna (2), etc., etc., son otros tantos documentos preciosos de los cuales han sacado partido los exégetas para desvirtuar los ataques de los enemigos de la Biblia.

Al considerar el resultado de todos estos estudios, se puede afirmar que, en el dominio de la historia, no existe ningún descubrimiento que demuestre que haya caído en error el escritor sagrado.

«A medida que se desenvuelve la historia de los pueblos que han estado en relación con Israel, se pone de manifiesto la sinceridad de los anales judíos. Los textos cuneiformes, la inscripción de Mesa, están en relación con el contenido de los Libros de los Reyes: los nombres de los monarcas de Israel y de los soberanos de Si-

(1) Arca pequeña encontrada en el templo de Karnak y llamada *Salle des Ancêtres*—(actualmente en París).

(2) «Parmi les découvertes qui ont élargi dans ces dernières années le champ déjà si vaste de l'archéologie orientale, on met justement en première ligne celle des nombreux documents exhumés des mines de Khoutnaton, aujourd'hui Tell el-Amarna, dans la haute Egypte.» A. J. Delattre, S. J. *Les lettres de Tell el-Amarna et la Bible* (La Science Catholique, 1893, págs. 127-145.)

ria citados en la Biblia, se hallan también en los monumentos asirios (1). En Egipto, los muros del templo de Karnak contienen la relación de la toma de Jerusalem, por Sesac. Si no existen pruebas directas referentes á la permanencia de los israelitas en Egipto, abundan en cambio las indirectas. Ramsés II es ciertamente el constructor que describe Moisés. La ciudad fortificada de Pi-Tom (2), con todos sus almacenes, ha sido hallada de nuevo... El relato de los orígenes de Israel, que en los siglos precedentes se levantaba como una columna aislada, se une ahora en diversos puntos con el resto del edificio de la historia (3).»

«Se sabe que el Libro de Esther es considerado por toda la escuela racionalista como una mera novela; pero la escuela racionalista no ha ido á Susa. Mr. Dieulafoy, el sabio persiólogo que acaba de llegar de allí, escribe lo que sigue en su libro *L'ACROPOLE DE SUSE* (*Paris, Hachette*, 1893): «Las excavaciones de Susa confirman »no sólo las descripciones arquitecturales del »Libro de Esther, si que también todo lo que el »mismo Libro refiere en sus menores detalles (4).»

(1) Hasta ahora, según Vigouroux, se han encontrado los nombres de *seis Reyes de Israel* y de *cuatro Reyes de Judá*.

(2) Construida por el mismo Ramsés II, que empleó los hebreos como obreros.

(3) *De Broglie*.—*Les nouveaux historiens d'Israël*, à propos du dernier livre de Mr. Renan, pág. 6. Paris, 1889.

(4) *M. d'Hulst*.—*La Question Biblique*. Paris, 1893, página 20, Nota.

En el presente trabajo nos ocupamos de este acuerdo perfecto entre los datos bíblicos y las revelaciones ciertas de los monumentos egipcios.

Lo hemos hecho á grandes rasgos porque la extensión que convenia dar á una Memoria destinada á un Congreso católico no podía ser muy grande.

Tal como sea, sin embargo, confiamos que no dejará de prestar su utilidad para señalar el interés que se refiere á los descubrimientos egipcios, y á su manifiesta importancia en la defensa de la Biblia.

Torre Santa María, San Martín de Provensals

28 de Abril de 1893.

En la fiesta del Bienaventurado PEDRO CHANEL.



BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA

MEMORIA PRESENTADA AL CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA

INTRODUCCIÓN

Origen, progresos é importancia de la Egiptología.

LA Egiptología, que se ocupa principalmente en estudiar el Egipto de los tiempos antiguos por medio de sus monumentos é inscripciones, ha nacido en los primeros años de este siglo, junto con sus hermanas la Indología, la Persiología, la Asiriología y la Palestinología. Se ha desarrollado en mayor grado que estas, y nos ofrece ya resultados en todos conceptos preciosos. El historiador, el arqueólogo, el teólogo, el exégeta, no pueden menos de aprovecharse de sus revelaciones verdaderamente extraordinarias y trascendentales.

En el presente trabajo nos ocupamos de este acuerdo perfecto entre los datos bíblicos y las revelaciones ciertas de los monumentos egipcios.

Lo hemos hecho á grandes rasgos porque la extensión que convenia dar á una Memoria destinada á un Congreso católico no podía ser muy grande.

Tal como sea, sin embargo, confiamos que no dejará de prestar su utilidad para señalar el interés que se refiere á los descubrimientos egipciológicos, y á su manifiesta importancia en la defensa de la Biblia.

Torre Santa María, San Martín de Provensals

28 de Abril de 1893.

En la fiesta del Bienaventurado PEDRO CHANEL.



BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA

MEMORIA PRESENTADA AL CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA

INTRODUCCIÓN

Origen, progresos é importancia de la Egiptología.

LA Egiptología, que se ocupa principalmente en estudiar el Egipto de los tiempos antiguos por medio de sus monumentos é inscripciones, ha nacido en los primeros años de este siglo, junto con sus hermanas la Indología, la Persiología, la Asiriología y la Palestinología. Se ha desarrollado en mayor grado que estas, y nos ofrece ya resultados en todos conceptos preciosos. El historiador, el arqueólogo, el teólogo, el exégeta, no pueden menos de aprovecharse de sus revelaciones verdaderamente extraordinarias y trascendentales.

Un pueblo célebre en los fastos de la historia, poseedor, en tiempos antiguos, de una civilización refinada, vuelve á la vida, merced á esta ciencia. Este pueblo se levanta, nos cuenta su maravillosa historia, nos da á conocer sus costumbres, sus creencias, sus guerras y sus conquistas por sus innumerables papiros (1) y por los monumentos que se encuentran á cada paso en las arenosas riberas del Nilo.

Entre los hijos de Cam, Moisés nombra á Mitzraim (2).

ובני חם נוש ומצרים

Mitzraim, tal es el nombre que después de Moisés dieron también los griegos y los romanos al *Egipto medio y Bajo*, nombre con que fueron conocidos los más famosos descendientes de *Cam el maldito* (3).

Podemos afirmar que estos *camitas* civilizaron al mundo antiguo, puesto que algunos papiros, muy anteriores á los escritos de Moisés, testifi-

(1) «Poseemos al presente, dice Ebers, abundantísimas manifestaciones de la literatura egipcia, bastando decir, para que de ellas pueda formarse idea, que con las copias de todas las inscripciones conocidas, reproducidas sobre planchas, y con los fragmentos de papiro, conservados entre cristal, podría llenarse un edificio inmenso. Y dicha literatura es rica, abundante; pues, excepción hecha del drama, encuéntrase en ella todos los géneros conocidos.» *Egipto*. (Edición española en f.º, t. II, págs. 50 y 51).

(2) Génesis, x, 6.

(3) *Fischer*, Paganisme et Révélation, pág. 225. Los asirios daban al Egipto el nombre de *Musar* y los árabes el de *Mesr*.

can que, mucho antes que los indios y los persas, poseían una civilización adelantada.

Los *camitas* Cecrops y Danao la introdujeron entre los helenos, y les dieron sus divinidades cambiando únicamente sus nombres. Más tarde, Licurgo, Solón, Talés, Pitágoras y Platón, aprendieron de los hijos de Cam la ciencia de las leyes: los sacerdotes egipcios los adocrinaron y contribuyeron al desarrollo de su genio.

Nuestros contemporáneos, siguiendo las huellas de los sabios de la Grecia, después de tantos siglos de silencio y de olvido, interrogan de nuevo los oráculos del Egipto (1).

El clima de este país, en el cual son tan raras las lluvias (2); sus áridas montañas, que encierran los sepulcros todavía no abiertos de innumerables momias, han podido contribuir á que los *papiros* llegaran hasta nosotros.

Al fin del siglo XVIII los poseían casi todos

(1) «A su voz, dice un arqueólogo hablando del sabio egipólogo Mariette, á su voz las reinas se levantan de su lecho de arena, salen del sudario enteramente cubiertas de sus joyas de oro, y adornadas, después de treinta y seis siglos, como el día en que Anubis se las llevó, aún calientes, en la barca de Osiris... los templos muestran sus puertas despejadas y majestuosas, y ostentan al sol sus páginas de granito cubiertas de recuerdos ilustres... los rehacios Faraones, ya olvidados, son despertados como para sufrir un juicio supremo antes de volver á tomar su puesto en las series dinásticas...» Citado por el Dr. de la Peña, *Manual de Arqueol. Prehist.*, pág. 678.

(2) Es probable, dice M. Fontane, que aquella «sequía del cielo» como se expresan los papiros, ha existido siempre; excepto, quizás, en Tebas, Asuan y en toda la Nubia, durante la época prehistórica.

los museos, aunque no se les daba otro valor que el de preciosos dibujitos que agradaban á la vista, sin decir nada al entendimiento, puesto que, hasta entonces, no habían podido descifrarse: á nuestro siglo estaba reservado adivinar el enigma del Esfinge, interpretar los papiros, y así facilitar á todos su lectura.

No diré de qué manera la expedición de Bonaparte á Egipto fué el primer impulso dado á estos estudios. El hallazgo de Bouchard, en Roseta, presentando una misma inscripción en tres clases de caracteres, sagrados, vulgares y griegos, τὸς δὲ ἱεροῖς καὶ ἐγχωρίοις καὶ Ἑλληνικοῖς γράμμασιν, (1) inició á la lectura de los jeroglíficos los sabios egiptólogos Sylvestre de Sacy, Barthélemy, el sueco Akerblad y el filólogo inglés Tomás Young, quien, á pesar de sus perseverantes esfuerzos, no logró interpretar con perfección la *pedra de Roseta* (2).

Después, la *tableta bilingüe de Philæ* (3) permitió á Champollion el joven comparar los jeroglíficos de la piedra de Roseta con dicha tableta, y los nombres de *Cleopatra* y de *Ptolemeo* dieron la clave del alfabeto jeroglífico (4).

(1) Estas expresiones se leen en la misma *pedra de Roseta*.

(2) La piedra de Roseta es de granito negro. Tiene más de 3 metros de alto por 4 de ancho.

(3) Inscripción en jeroglíficos y en griego.

(4) Para los detalles tan interesantes de este primer paso en la lectura de los jeroglíficos, véase Egipto por *Jorge Ebers*, (Edición en f.º *Barcelona*. Espasa., t. II, págs. 46, 47, 48.—También *Champollion Figeac*, *Egypte*, págs. 211, 228, con un gra-

Sucedía esto en 1822; diez años después, este sabio moría, extenuado por el estudio, á la edad de 43 años, dictando durante su última enfermedad la primera gramática egipciaca (1).

Rosellini y Salvolini completaron el alfabeto, y Seyffarth publicó, en 1825 y 1831, los importantes trabajos del profesor Spohn, de Leipzig. G. Seyffarth criticó y mejoró los principios de

bado del alfabeto Egipcio (*jeroglífico y demótico*) según *Champollion el joven* (pág. 224). «Atendiendo al valor ó expresión particular de cada signo, se distinguen tres clases diversas en la escritura egipciaca: los signos *figurativos*, los signos *simbólicos* y los signos *fonéticos*. (El nombre de cada uno dice para qué sirve). Si se considera sólo la forma material de los signos, los monumentos ó papiros nos dan á conocer tres especies de escrituras.

1.ª Escritura *jeroglífica*, compuesta de signos que representan exactamente, ora seres de la creación, ora objetos de invención humana... El número de estos signos no pasa de ochocientos.

2.ª Escritura *hierática*, verdadera taquigrafía de cada signo jeroglífico, (para uso de los que no sabían dibujar). Es de un trazado fácil, y el número de estos signos es igual al de los jeroglíficos, de los cuales estos no son sino abreviaturas.

3.ª Escritura *demótica* ó popular, que sólo es un extracto de la escritura hierática...» (Peña y Fernández, *ibid.*, págs. 681, y 682). «On voit donc que les trois sortes d'écriture usitées simultanément en Egypte n'en formaient réellement qu'une seule en théorie, et que, pour la pratique seulement, on avait adopté une taquigraphie des signes primitifs, imitation d'édile des objets naturels reproduits par le dessin ou par la peinture...»

«Toute inscription en caractères hiéroglyphiques se lit en commençant par le côté vers lequel regardent les lêtes d'hommes ou d'animaux qui font partie de l'inscription.» *Champollion Figeac*, *Egypte ancienne*, págs. 220 y 225.

(1) Véase Lorenz Fisscher, *Paganisme et Révélation*, páginas 224-236. Traducción del Dr. Prosper.

lectura enseñados por Champollión en su gramática, y completó felizmente los descubrimientos de sus antecesores. Los trabajos de los sabios egiptólogos Carlos Lenormant y Nestor L'Hôte, en Francia; Leemans en Holanda; Osburn, Birch é Hincks en Inglaterra; Lepsius en Alemania, determinaron un poderoso movimiento de estudios egiptológicos, formando especialistas distinguidísimos, tales como Emmanuel de Rougé, de Saulcy, Mariette, Chabas, Devéria, de Horrack, Lefébure, Pierret, Jaime de Rougé, Grébaut, Brugsch, Dümichen, Lauth, Eisenlohr, Ebers, Stern, Goodwin, Lepage-Renouf, etc., etc. (1)

A estos ilustres sabios y á muchos otros más modernos, que conocen perfectamente la lengua copta, hija del antiguo lenguaje de Egipto (2), se deben traducciones importantísimas de muchos papiros, pudiendo afirmarse que su interpretación es hoy segura, lo que no puede decirse aún de la lectura de los caracteres cuneiformes (3).

Católicos y heterodoxos hanse entregado á la lectura de voluminosos papiros (4) encontrados

(1) Véase Vigouroux (Bible et Découv. mod., I, 133) y Fischer, *ibid.*, pág. 234.

(2) L' Abbé V. E., *Coup d'œil sur les études coptes*. (Science Catholique, 1892, págs. 1114-1121.)

(3) F. Lenormant da algunos ejemplos en su libro: *LES ORIGINES DE L'HISTOIRE. De la création de l'homme au Déluge*, 2.ª edición, pág. 513. Hay traducciones de G. Smith, Fox Talbot y Julio Oppert.

(4) Algunos de ellos tienen más de 50 metros de longitud. — «Les Egyptiens correspondaient surtout au moyen de papy-

algunas veces entre las piernas ó sobre los pechos de las momias. Aquellos y estos creyeron, á primera vista, hallar en su estudio robusto apoyo para sus respectivas doctrinas. Un exámen más detenido, y un estudio más profundo de los mismos, demostró con cuanta razón se complacían los primeros en el desarrollo siempre creciente de los estudios egiptológicos. Son estos, en efecto, de una incontestable utilidad para las controversias científico-religiosas, y en especial para el conocimiento de las obras de Moisés, cuya autenticidad y exactitud confirman de una manera concluyente con los datos que suministran.

Para hacer patente la utilidad de los estudios á que me refiero, examinaré brevemente en la primera sección de este trabajo las

«Ventajas de los estudios egiptológicos para la controversia científico-religiosa, y en la segunda sección demostraré que las inscripciones jeroglíficas de los monumentos y papiros egipcios, descubiertas en la época presente, dan un brillante testimonio de la verdad del Pentateuco (1).»

rus roulés, que liaient des cordons de choix, que fermaient des sceaux d'argile... Celui qui recevait des lettres les collectionnait dans une cassette en bois, et cette «bibliothèque» portative, augmentée de divers morceaux littéraires ou liturgiques, était ensevelie avec son corps, dans son tombeau.» M. Fontane, *Les Egyptes*, p. 62.

(1) Estas palabras están sacadas del Reglamento del Congreso católico nacional de Sevilla. (Cuarta Sección.—Asuntos de carácter científico-religioso.—Tema V).

Entre las numerosas y sabias revistas que los incrédulos publican en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, pocas habrá que no se ocupen de los dogmas católicos y de las Sagradas Escrituras con relación á lo que estas nos enseñan sobre la historia del género humano y el origen del pueblo israelita. En esto no tienen otro objeto, las más de las veces, que impugnar con argumentos científicos lo que el dogma católico nos dice tocante á estas materias.

Acontece á menudo que son sus argumentos realmente científicos, toda vez que se apoyan en la relación de los hechos, pero deducen de los mismos consecuencias falsas, por lo cual es de suma importancia que los hombres que luchan, por deber ó por gusto, en defensa de la fe, puedan demostrar á los que aspiran al conocimiento de la verdad, lo que haya de peligroso y nocivo en las elaboraciones de una ciencia engañosa y tan engreída de sí misma que no sufre las más razonadas contradicciones.

Demasiado tiempo há que las personas estudiosas, aun aquellas revestidas del carácter sacerdotal, no se ocupan lo conveniente en estas luchas terribles entre la ciencia y la fe. Cada día, sin embargo, se producen mayores estragos, y ha crecido el peligro de tal manera, que, alarmado el celo evangélico de nuestro queridísimo Padre León XIII, se ha creído en la necesidad de indicarlo con las siguientes palabras, dirigi-

das á los Sacerdotes y sabios católicos: *Fidei catholicæ defensio, in qua laborari maxime sacerdotum debet industria, et quæ est tantopere his temporibus necessaria, doctrinam desiderat non vulgarem neque mediocrem, sed exquisitam et variam... eripiendus est enim error hominum multiplex, singula sapientiæ christiæ fundamenta convellentium; luctandumque persepe cum adversariis apparatusissimis, in disputando tenacibus, qui subsidia sibi ex omni scientiarum genere astute conquirunt* (1).

Dóciles á estas instrucciones del Padre Santo, ocupémonos en la guerra que nos hacen nuestros enemigos en el terreno de la egiptología, y busquemos los medios de combatirlos y de vencerlos en el mismo terreno que han elegido.

(1) Enciclica *Etsi nos*, dirigida á los obispos italianos, 15 de Febrero de 1882.

SECCIÓN PRIMERA

§ I.

Creacionismo.

El Génesis nos enseña que existe un Dios único, *Jehovah*, ó, según se pronuncia hoy con razón (1), *Iavch*, y que este Dios crió la materia cósmica primitiva, haciendo surgir por leyes admirables, del caos inicial, los sistemas planetarios (2). La tierra, llegada la época de su evolución sideral en que pudo ser habitada por seres vivientes, les vió nacer y habitar su superficie por la acción todopoderosa de Dios, que crió, en primer lugar, la flora y la fauna marítima (3).

(1) La Science catholique. Año 1891, págs. 193-200, 430, 643.

(2) Jean d'Estienne, Comment s'est formé l'univers: libro II, cap. I.

(3) Los que consideran como histórica la narración del capit. I del Génesis, dicen, para dar razón de la creación de la flora al tercer día, que Dios crió primeramente las plantas marinas, *las algas* (aunque no se encuentran huellas), y esta explicación se debe admitir; de no ser así, no se podría explicar cómo vivían los primeros animales: *Arenicolites*, *Oldhamia*, *Nereites*, *Histioderma*, etc. (Véase de Lapparent, Traité de Géologie, pág. 715).

y, más tarde, los peces, las aves y los animales que viven sobre la tierra. En esta, últimamente, colocó al rey de la creación, al terminarse este trabajo que duró *millones* de años (1).

Pues, tocante al *creacionismo*, aun cuando los papiros no nos hayan revelado todo lo que podrán enseñar en este punto, cabe ya que afirmemos que las ideas de los antiguos egipcios son sustancialmente las mismas que las que encontramos en la Biblia.

En las *Transactions of the Society of biblical archeology* se lee el trozo siguiente que cuenta la creación del *campo de los Aalu* (los campos eliseos egipcíacos), y ha sido traducido en estos términos por D. Eduardo Naville (2): «Dicho por la majestad de Dios: que una plaza de descanso se extienda, y existió al momento la plaza de descanso; que las plantas crezcan allí... y aquí mismo se encontró la morada de los Aalu.»

Según el mismo documento, «*Ra fué el Criador de la morada de los Aalu.*»

Encontramos en el papiro de Turín (3) que «*hay un Muy Santo, un Criador de todo lo que encierra la tierra.*»

«*Osiris ha hecho este mundo con sus propias*

(1) La duración de los tiempos geológicos es, según J. Dana, de veinte á cien millones de años. De Lapparent, *ibid.*, pág. 1468.

(2) Records of the past, 1876, t. VI, p. 109. Citado por Vigouroux.

(3) Este papiro, escrito bajo la XIXª dinastía, fué publicado por primera vez por Lepsius con el título de *Ritual funerario*.

manos, ha creado sus aguas, su atmósfera, su vegetación, todos sus animales, todos sus volátiles, todos sus peces, todos sus reptiles y sus cuadrúpedos (1). Nada falta en esta enumeración, excepto el hombre, cuya creación se refiere ordinariamente á Num, á Cnumis ó á Atum (2).

Añáde el mismo papiro de Turín que el «Dios muy santo es el arquitecto que ha construido el mundo, que ha hecho en su tiempo cuanto hay sobre la tierra y en el otro mundo.»

En la estela *Pakemsi*, del museo de Berlín, se lee: «El Dios único, que vive en la verdad, creador de lo que existe, formador de los seres.»

§ II.

Monoteísmo primitivo y huellas de una Trinidad (3).

Veamos ahora el paralelo establecido por Mariette entre los papiros egipcios y el Génesis á propósito de la teogonía y de la creación:

«En Egipto, dice, se empleaba, como en la Biblia, una expresión colectiva para designar la

(1) Chabas, *Himno á Osiris*, publicado en la «Revue Archéologique.» (Citado por Fisscher.)

(2) Según una inscripción de *Edfu* y una estela de la isla de *Phile*.

(3) Véase el buen trabajo de Félix Romou. *Peut-on reconnaître dans la théologie de l'ancienne Egypte des traces de la révélation primitive? Le monothéisme égyptien.* (Sciences Catholique, 1892, págs. 1056-1080).

totalidad de sus dioses, en la cual *el singular* ocupaba el primer sitio: bajo esta expresión, como bajo la de *Elohim* en la Biblia, se encierra un Dios único considerado en la universalidad de sus atributos (1).»

Leemos en el papiro de Leyde *Anastasy I*, 350, en la casa número 8: «Oh Dios poderoso, espíritu de los divinos espíritus, oh Uno, oh Único, oh Dios, Venerable, cuyo nombre está escondido entre los ocho dioses (2).»

Más allá, en la casa número 50, se lee: «Eres alabado, oh Amón, por tu excelencia: la totalidad de los dioses canta tu valor... No hay nadie más poderoso que él (Amón), es poderoso, bondadoso, ha creado todos los dioses.»

Eso para el monoteísmo primitivo. No nos será difícil encontrar también huellas de una trinidad divina.

Dice el papiro de Turín: «Grito con alegría hácia el Padre, hácia el Buen Espíritu, hácia el Santo,» y el papiro de Leyde: «Tres han sido el principio de todos los dioses: Amón, Ra y Ptáh.»

Esta tradición del Dios único y de la trinidad (3) se encuentra sólo en los papiros más an-

(1) Mariette, *Mémoire sur la mère d'Apis*, pág. 29.

(2) El papiro *Anastasy I* está fechado. Fué escrito bajo el reinado de Ramsés II, que, según Chabas, murió en 1510 antes de Jesucristo.

(3) «Partout on croyait à une sorte de triade divine, composée d'un Dieu suprême qui s'engendrait lui-même, d'une déesse à la fois fille, épouse et mère, et d'un fils qui participait à tous les attributs du père et de la mère.» P. Gaffarel, *Hist. anc. des peuples de l'Orient*, pág. 64.

tiguos. En los posteriores se habla del culto de los héroes, después del de los astros, y por fin vienen los del tiempo en que se adoraba á los animales (1).

ALERE FLAMMAM
VERITATIS § III.
Inmortalidad del alma. Juicio de los muertos. Cielo é infierno.

Herodoto dice que los egipcios fueron los primeros que enseñaron la inmortalidad del alma (2), lo que está confirmado por los monumentos. Inútil nos parece emplear mucho tiempo en demostrar que los egipcios creían en este dogma: es, hoy día, materia indiscutible (3).

El solo *Ritual*, dice Champollion-Figeac, basta para dar «la prueba evidente que el dogma de la inmortalidad del alma, y el de las recompensas y de los castigos en la otra vida, fueron los principales fundamentos de la religión de los antiguos egipcios (4).» Después de haber tratado de la serie de peregrinaciones y pruebas

(1) Véase *Fischer*.—Loc. cit., págs. 240, 241, 242 y 261-264.

(2) Herodoto, II.

(3) *De Rougé*.—Conf. sur la religion des anciens Egyptiens, pág. 19, 20, 21.—*Brugsch*. Collect. de doc. dém., I, 41, 42; *Exposit. des monum. égypt. de Berlin*, p. 57 (citado por *Motais*; *Ecclesiaste*, p. 22).

(4) *L'Univers pittoresque* (Egypte), por *Champollion-Figeac*, p. 126. *Motais* cita también otros textos en su sabia obra titulada *Salomon et l'Ecclesiaste*, tom. II, pág. 209.

que tiene que sufrir el alma del difunto al través de numerosas regiones, el *Ritual funerario* presenta (en uno de sus mil dibujitos) la escena del *juicio de los muertos*. La responsabilidad humana está representada en él clara y solemnemente. El alma, entregada por la *Verdad* entre las manos de la *Justicia*, llega ante sus jueces. Es interrogada en presencia de Osiris, asistido de 42 asesores. *Horus* y *Anubis* echan sus obras en la balanza infernal. Junto al fatal instrumento se encuentra *Thót*, secretario de *Osiris*, que escribe el resultado del juicio y lo lleva al rey del *Amenti* (1) para que falle (2).

La felicidad de los justos consiste, según el papiro de Turín, en vivir con la Divinidad, adorándola sin cesar (3).

Los castigos de los malos son terribles. El alma culpable está tirada con su cuerpo en el «hemisferio inferior,» entregada al «negro dios del infierno,» echada en unos «círculos dolorosos,» etc. (4).

(1) El *amenti* es el infierno de los antiguos egipcios y la morada de Osiris.

(2) Véase *A. Motais*, *L'Ecclesiaste*. Introd. critique, pag. 22

(3) *L. Fischer*, *Paganisme et Révélation*, pag. 302.

(4) «...enfer où des supplices de toutes sortes attendent le corps:—suspension par les pieds, ligatures abominables, décapitations perpétuelles, coeurs trainés à vif sur le sol, corps jetés dans des chaudières pleines d'une eau toujours bouillante.» *Fontane*, *Les Egyptes*, pag. 423. He aquí las palabras dirigidas por el alma á su corazón: «O cœur, cœur qui me viens de ma mère, mon cœur de quand j'étais sur la terre, ne te dresse pas comme témoin, ne me charge point devant le dieu grand.» (Ibid.).

§ IV.

Diluvio. Cronología bíblica. Antigüedad del hombre.

La Biblia, después de narrar nuestros orígenes, habla de un Diluvio en el cual perecieron todos los hombres.

Sabido es que entre los autores modernos de ortodoxia á toda prueba, existen tres opiniones probables acerca de este hecho de tan grande importancia en la historia de la humanidad.

Sostienen unos que la tierra desapareció enteramente bajo las aguas, que cubrieron sus montañas más elevadas como los Andes y el Himalaya.

Otros, los más numerosos, afirman que todos los hombres perecieron en el mismo, mas que las aguas no cubrieron todo el globo.

En fin, una tercera opinión (1) sostiene que no

(1) Hablando de ella en las primeras ediciones de su *Manuel biblique*, Vigouroux decía: «Une troisième opinion, qui fait un pas de trop.» En la última edición se expresa así: «Une troisième opinion, qui fait un pas de plus.»

sólo Noé y su familia, sino pueblos enteros no perecieron en el gran cataclismo (1).

La egiptología no nos enseña nada directa-

(1) Hablando de estas tres opiniones, el sabio Cardenal *Gonzalez* escribe en su preciosa obra *La Biblia y la ciencia* (Madrid, 1891, t. II, págs. 682-683): «La teoría de la *universalidad absoluta* ó geográfica del Diluvio, si bien fué generalmente admitida en pasados tiempos, como lo fué la sentencia del movimiento del sol al rededor de la tierra, tiene hoy escasos partidarios... La lucha real está hoy entablada entre la teoría de la *universalidad restringida*, que pudiera denominarse antropológica, la teoría que admite el exterminio de todos los hombres, y la teoría de la *no universalidad antropológica*, la teoría que admite que, además de la familia de Noé, se libraron otros hombres del Diluvio. Considerado el problema con relación al texto bíblico y á la tradición eclesiástica, la primera teoría se presenta como más probable; considerado con relación á la ciencia, parece más probable la segunda. Hoy por hoy, ninguna de las dos puede considerarse como cierta y demostrada, y una y otra pueden ser defendidas como más ó menos probables, lo mismo en el terreno exegético que en el terreno científico. En todo caso, y cualquiera que sea la solución cierta y definitiva del problema, si alguna vez llega á obtenerse, en nada afectará ni á la verdad de la Biblia ni á la verdad de la ciencia.»

Monseñor *de Harlez*, profesor de la Universidad católica de Lovaina, *Controverse*, 1883; el P. *Bellynck*, de la Compañía de Jesús (*Etudes religieuses*, 1868, p. 598); *d' Omalius d' Halloy*; A. *Scholz*, profesor en Würzburg; *Federico Klee*; *Jean d'Estienne* (*Revue des questions scientifiques*); el P. *Miguel Mir*, de la Compañía de Jesús (*Harmonía entre la ciencia y la fe, nueva edición*, pág. 393); etc., son del parecer del Cardenal González.

He aquí, ahora, el juicio de un distinguidísimo profesor de la Universidad de Barcelona: «Esta (tercera) teoría, por cierto muy atrevida, aun cuando sea ortodoxa, porque pone á salvo la unidad de la especie humana derivándola de Adán, no de Noé, y la más á propósito para explicar los adelantos y aun las hipótesis todas de la geología, física, lingüística,

mente tocante al Diluvio (1), pero la comparación de las dos cronologías, egipciaca y bíblica, puede ayudarnos mucho en el estudio de todo lo referente á este acontecimiento.

Si existiera una cronología bíblica de la cual se pudiese usar con certeza, sería relativamente fácil determinar lo que debe creerse cerca de la *extensión* del Diluvio; pero, en este particular, la egiptología nos presenta una cronología que, aun cuando no esté del todo determinada, es sin embargo suficiente para hacernos dudar del valor de la cronología bíblica.

En efecto, los más sabios egiptólogos, en vez de los 292 años que la Vulgata y el texto hebreo suponen transcurridos entre el Diluvio y Abraham, señalan fechas mucho más antiguas para el comienzo histórico del imperio egipciaco: unos, con Lepsius, cuentan 1892 años ántes de Abraham; Lauth da el número de 2152

etnografía, fisiología, y arqueología, violenta el sentido literal de las palabras del sagrado Texto, dando excesiva libertad á la exégesis, y no guarda la conformidad que las anteriores con el espíritu y con la tradición de la Iglesia respetada durante tantos siglos.» Dr. Delfín Donadío y Puignau, *Curso de Metafísica*, t. I, pág. 360, Nota.

(1) Lorenz Fisscher afirma, sin embargo, que el papiro de Turin habla del Diluvio, al menos indirectamente. Hé aquí el texto tal como se lee en la traducción Prosper: «A moi appartient le gouvernement, ... à moi, le Très-Saint, qui ai foulé aux pieds la demeure des impies, le globe terrestre, qui ai pulvérisé la race pécheresse du monde...» La versión es de *Seyffarth*.—Es cuestión, por cierto, de algún castigo terrible, pero dudamos que se trate del Diluvio.

años; Brugsch 2455, y Mariette 3004 (1).

Los egiptólogos más distinguidos, y los menos inclinados á buscar contradicciones entre la Biblia y la ciencia, como Rougé y Chabas, declaran que es imposible encerrar las fechas exactas de la historia egipciaca en el transcurso de tiempo, demasiadamente breve, fijado por una *interpretación estrecha* de la cronología bíblica. Las opiniones de estos autores han sido admitidas por la mayor parte de los apologistas católicos (2).

Las breves indicaciones que preceden, basadas en los trabajos de los egiptólogos más imparciales, bastan para dar una idea de la utilidad que puede sacarse del estudio de los papiros egipciacos *fechados*, para estudiar esta grave cuestión de la cronología bíblica, que se refiere á puntos de tan capital importancia como *la antigüedad del hombre* (3), *el mundo antediluviano*, *el diluvio*, *la dispersión de las naciones* en Ba-

(1) Según el egiptólogo *Félix Robiou*, la historia de los Faraones empieza, á poca diferencia, en 3500 ántes de Jesucristo, y piensa este sabio que esta fecha puede convenir, aunque difícilmente, con la cronología del texto griego. (Dict. apol. de *Jaugéy*, art. *Egypte*).

(2) Véase *La chronologie des premiers âges de l'humanité* del P. *Brucker*, Jesuita. (Controverse et Contemporain, Marzo y Mayo 1886).

(3) El mismo P. *Brucker* dice que han transcurrido de ocho á diez mil años desde la creación del primer hombre. (Ibid.) Véase también *Pozsy*: *La terre et le récit biblique de la création*, págs. 401-448.

bel (1), *la serie de los patriarcas* hasta Abraham, etc.

La egiptología ha proporcionado documentos importantísimos bajo este punto de vista, pero aún le falta mucho para poseer una cronología perfecta (2), puesto que, en algunos períodos, los monumentos son muy raros: tal sucede, por ejemplo, entre la sexta y la undécima dinastía, entre la décimotercia y la décimotava (3).

§ V.

Puntos de contacto entre la historia de los israelitas y la de los egipcios.

Estas cuestiones no son las únicas en que la egiptología presta sus luces para confirmar, aclarar y completar las relaciones bíblicas. En el Egipto creció el pueblo hebreo y pasó los primeros años de su adolescencia; en este país llegó á constituir una nación, y en él Iaveh reali-

(1) El hecho de la confusión de las lenguas se explica difícilmente. Véase el *Cardenal González: La Biblia y la ciencia*, págs. 673-676.

También el *P. Miguel Mir*, loc. cit., págs. 395-400.

(2) Véase *Jaugéy*, *Dict. apolog. de la foi catholique*, art. *Egypte*, por F. Robiou. Esta obra se ha traducido al castellano. En el citado artículo se da una idea muy exacta de la cronología egipciaca.

(3) *Brucker*, S. J., *ibidem*.

zó á su favor los mayores milagros: cuando abandonó la tierra de Ghesen quedó indeleble la marca de su morada en el país de los Faraones.

Desde los más remotos tiempos hasta los de Nuestro Señor Jesucristo, que vivió también en Egipto, tuvieron los hebreos relaciones ya hostiles ya pacíficas con los habitantes de aquel país.

El autor del libro de Job había visto (1) los trabajos que se habían practicado para extraer y beneficiar los minerales de cobre en la península sináitica en tiempo de los Amenemhat (2), ó bajo la dinastía décimotava (3).

El mismo autor había también viajado por las riberas del Nilo y visto á Behemoth y Leviathan, es decir al hipopótamo y al cocodrilo (4).

Salomón se casó con la hija de un Faraón de Tanis (5). ¿No sería del mayor interés encontrar este hecho consignado con detalles en algún papiro del siglo x ántes de Jesucristo?

(1) Job, xxviii, 1-11.

(2) Dinastía XIIª, (2851 antes de Jesucristo). Hay 3 ó 4 Faraones del mismo nombre.

(3) V. *Vigouroux*, *Mélanges bibliques*, págs. 274, 275, etc.

(4) Job, xl, xli.

(5) *Maspero* piensa, pero sin poderlo asegurar, que Salomón se casó con la hija de Psinakhés ó de Psiunkha I. (Dinastía XXIª, 1110 á 980). *Ledrain* dice: «Pour donner de l'éclat á son trône, pour s'initier davantage peut-être á la civilisation la plus grandiose et la plus raffinée, le roi juif épousa la fille du roi d'Egypte (Psinakhés ou Psousennés, XXIª dynastie). Comme dot, elle apportait, au roi d'Israël, Guézer, conquise par l'Égypte sur les Pelischtim.» *Histoire d'Israël*, t. I, pág. 325.

Un súbdito del rey Salomón, que fué más tarde rey de Israel, Jeroboam, se vió obligado á buscar un asilo en el Delta del Nilo (1), y el profeta Jeremías vivió en Taphnés (2). ¿No se podrán encontrar algún día inscripciones ó papiros dándonos detalles sobre estos hechos?

¿Cuántas veces los monarcas del Egipto llevaron sus ejércitos á Palestina? ¿No sería interesante darse razón, estudiando la organización del ejército egipcio (3), del espanto, bien fundado, de los israelitas al acercárseles la magnífica caballería de los Faraones? ¿No se comprenderían mejor sus reiterados llamamientos á los reyes amigos del valle del Eufrates?

Prolijo por demás sería enumerar siquiera todos los hechos bíblicos á que pueden referirse los estudios egiptológicos, siendo así que las Sagradas Escrituras hablan del Egipto y de los egipcios en más de 600 versículos y en 45 libros diferentes; sólo, pues, llamaré vuestra atención acerca de un descubrimiento muy interesante relativo á la historia de los Reyes.

En la tarde del 23 de Noviembre de 1828, siguiendo Champollion el joven la corriente del Ni-

(1) III Reyes, xi, 40-xii, 2. Se refugió á la Corte de Sesac, vencedor, más tarde, de Roboam, rey de Judá.

(2) Jeremías, xliii, 7-8.—Peña y Fernández (Manual, página 693, nota 2) dice que se han reconocido, cerca del lago de Menzaleh, al sur, los vestigios de Taphnés y de sus alfarerías.

(3) Maspero, Lectures historiques, capit. V, (Le recrutement de l'armée) y capit. X, (La bataille).

lo, al ponerse el sol, desembarcó en las ruinas de Karnak (1) para contemplarlas de paso. Al llegar al extremo del muro meridional del *Gran Templo*, detúvose en frente de la imágen de un Faraón con el brazo alzado, en actitud de pegar á los prisioneros que tenía arrodillados á sus plantas. Detrás de estos prisioneros se desplegaban, en larga hilera, 150 hombres barbudos, y que, por consiguiente, no eran egipcios; cada uno estaba casi cubierto por su escudo, en el cual se leían inscripciones esculpidas. Cuando el ilustre sabio, al llegar delante del vigésimonono de estos personajes, leyó: «El rey de Juda,» *Iutah ha malek*, sintió una emoción que se adivinará fácilmente.

El monarca egipcio que había mandado grabar sus hazañas en este muro era Sesac (2); el rey hebreo que estaba allí esculpido era Roboam, hijo de Salomón. Champollion acababa de descubrir, en tierra de Egipto, la confirmación de lo que se lee en el capítulo xii del segundo libro de los Paralipómenos. Mas dejemos que él mismo relate su descubrimiento:

«Iba, dice, al palacio, ó, mejor, á la ciudad de los monumentos, Karnak. Allí apareció á mis ojos toda la magnificencia de los Faraones, cuanto los hombres hayan imaginado ó realizado de

(1) En frente de Tebas, en la orilla derecha del Nilo.

(2) «La nasale du nom de Scheschonk, probablement peu articulée, a disparu dans la transcription hébraïque *Schischak* (III, Reyes, xiv, 25).» F. Robiou, *ibid.*

más grande; ningún pueblo, ni antiguo ni moderno, ha concebido el arte arquitectónico de una manera tan sublime y tan grandiosa como los antiguos egipcios. La imaginación, que en Europa se levanta poco más allá de nuestros pórticos, se para atónita ante las 140 columnas de la sala de Karnak. En este palacio maravilloso he contemplado las imágenes de la mayor parte de los antiguos Faraones conocidos por sus grandes hazañas; y estas imágenes son verdaderos retratos, reproducidos más de cien veces en los bajo-relieves de los muros interiores y exteriores, conservando siempre cada uno de ellos su fisonomía propia.

Allí, en tamaños colosales, y esculpidos de la manera más perfecta que pueda imaginarse, se ve á Sesac (Sesonchis) (1) arrastrando á los pies de la Trinidad tebana (Amón, Muth y Khons) los jefes de más de treinta naciones vencidas, entre las cuales he hallado, como no podía menos de suceder, escrito con todas sus letras *Judá ha maleh, El reino de los judíos ó de Judá*; excelente comentario del capítulo xiv del tercer Libro de los Reyes, en el cual se relata en efecto la llegada de Sesac á Jerusalem y sus victorias (2).»

Resumiendo, diremos, pues, que los principales puntos de controversia científico-religiosa

(1) *Champollion-Figeac* (Egypte) da un excelente retrato de Sesac ó Sheschonk, reproducido por varios autores.

(2) Citado por *Vigouroux*, *Bible et Découv. mod.*, t. IV, pág. 17, nota. (4.^a edición francesa).

que los estudios egiptológicos ayudan á esclarecer son: El *creacionismo*; el *monoteísmo primitivo* y huellas de una Trinidad; el dogma de la *inmortalidad del alma*; la *antigüedad del hombre*; la *cronología de los primeros tiempos*; las dificultades relativas á la *fecha* y á la *extensión del Diluvio*; y, por fin, los *puntos de contacto entre la historia de los israelitas y de los egipcios* en tiempos de Job, Moisés, Salomón, los Reyes y los Profetas.

Réstame, ahora, señalar los preciosos resultados de los estudios egiptológicos para demostrar la *autenticidad* del Pentateuco.

SECCIÓN SEGUNDA

Parte egipciaca del Pentateuco.

El Pentateuco se divide en cuatro partes:

- 1.^a La parte patriarcal;
- 2.^a La parte egipciaca;
- 3.^a Las relaciones del desierto;
- 4.^a El resumen de las Leyes religiosas y civiles.

La parte *Patriarcal* comprende los capítulos I á xxxviii del Génesis. Está redactada por Moisés, bajo la inspiración de Dios, con tradiciones orales, y muy probablemente escritas, que había recibido de los Patriarcas.

La parte *egipciaca* comprende el final del Génesis y concluye en el capítulo xv del Exodo, en el cual Moisés celebra, en un canto renombrado, la terminación del cautiverio del pueblo israelita.

La relación de los hechos del desierto que se comprenden al final del Exodo, en los Números y en el Levítico, constituyen, por decirlo así, el

Diario de Moisés al través del desierto (1), diario en el cual se encuentran mezclados: leyes, hechos, quejas, milagros, avisos al pueblo, etc.

La cuarta parte comprende el Deuteronomio, que es el resumen metódico de los preceptos divinos y del culto que se ha de tributar á Iaveh.

La parte egipciaca es la única que nos interesa por ahora, y espero demostrar claramente, siguiendo la narración de Moisés, desde el capítulo xxxix del Génesis hasta el xv del Exodo, que la egiptología nos presta auxilio poderoso para probar que Moisés, y sólo Moisés, puede ser autor de aquellas páginas.

Lo escrito por el autor del Pentateuco relativamente á Egipto se divide en tres artículos:

- 1.^o Historia de José;
- 2.^o Persecución de los israelitas;
- 3.^o Fin del cautiverio.

ARTÍCULO I.

HISTORIA DE JOSÉ

§ I.

José es vendido á Putifar. ®

«José, dice Moisés, fué conducido á Egipto, y le compró Putifar, egipcio, eunuco de Faraón,

(1) *Vigouroux*, Liv. Saints et crit. rationaliste, t. III, 2.^a édic., pág. 80.

jefe del ejército egipciaco, de manos de los ismaelitas, que le habían llevado (1).» En el texto original hebreo, el color de este versículo es todo egipciaco, y los papiros y monumentos están de acuerdo para mostrarnos al natural las patéticas escenas narradas por Moisés.

Las cisternas sin agua, construidas en la roca (2); las caravanas madianitas (3); los camellos ricamente cargados que llevan hoy todavía á Egipto los perfumes y aromas cuyo nombre consigna Moisés (4); el comercio de los esclavos, deseados con pasión por los grandes del Estado (5) (según nos dice un papiro greco-egipciaco publicado por Letronne), son otros tantos rasgos que ilustran la narración de Moisés.

(1) Gén. xxxix, 1.

(2) En Dotain (Gén. xxxvii, 17). Hay aún numerosas cisternas abiertas en la roca.

(3) «On doit aller en Egypte, dit M. Ebers, pour retrouver ces traces mortes ou figées d'une race depuis longtemps disparue. Il faut y voir les enfants d'Ismaël, à la peau brunie, qui conduisent de l'Orient en Egypte des chameaux richement chargés, si l'on désire observer sous une forme vivante quelque chose de la vie antique.» (Vigouroux, Bible et Déc. mod. t. II, pág. 12.

(4) Gén. xxxvii, 25, «aromas, bálsamo y myrrha destinada.»

(5) « De tous temps, les Egyptiens ont tenu en une singulière estime les services des esclaves sémites... Les caravanes importaient, pour les bazars de Memphis ou de Thèbes, des esclaves de choix, des sujets rares, véritables objets de luxe.» J. Soury, Rev. des Deux-Mondes, Fév. 1875.

«José fué comprado por Putifar, jefe de los eunucos (1).»

וַיִּקְנֵהוּ פוֹטִיפָר סֵרִים פְּרֹעֶה שֵׁר הַמַּבְחִים

El nombre de Putifar, común en Egipto, significaba, según Rosellini, *consagrado á Phra* (Ra), ó al dios *Sol*, y su verdadera forma era *Peti-pa-Ra*. Este nombre, enteramente egipciaco, ha sido encontrado por Champollion en el papiro *Cailliaud*, y Moisés nos ha conservado su transcripción jeroglífica.

El título que le da el Génesis de *principe de los eunucos*, nos recuerda la presencia, en el palacio de Faraón, de estos esclavos mutilados que las pinturas al fresco de los féretros egipciacos nos ponen á la vista, y que es tan fácil reconocer por los caracteres especiales que se notan en ellos: ausencia de barba, pecho levantado, gordura que contrasta con la flaqueza ordinaria del egipcio, color particular de la piel, etc... Imposible es, pues, ahora, afirmar, como hace pocos años lo hacían varios racionalistas, que no había entonces eunucos en Egipto.

§ II.

José, intendente de Putifar, es tentado por su dueña.

Cosa curiosa, el texto del Génesis dice que el amo de José, uno de los personajes importan-

(1) Gén. xxxix, 1.

tes de la Corte de Faraón, era *egipcio* (1).

אִישׁ מִצְרַיִם

La egiptología explica esta circunstancia: El monarca que reinaba á la sazón no era un hijo de *Cam*, sino un *semita* de la stirpe de los *Schassu*, que habían conquistado al Egipto. Los reyes de esta nación, conocidos bajo el apellido de *Hicksos* ó *Pastores* (2), escogían naturalmente sus primeros oficiales de entre sus compatriotas, sin excluir enteramente á los egipcios.

La carga de intendente, que José recibió en casa de Putifar, existía en todas las grandes casas, y este oficial llevaba el título de *MER-PER*, jefe de la casa.

Durante el desempeño, por José, de su cargo de intendente, la mujer de Putifar le hizo proposiciones culpables (3). Este episodio de la vida de José ha sido tachado por Bohlen y por Tuch (4) de inverosímil en Egipto, porque si se admite la presencia de eunucos—como lo quiere la Biblia—era entonces imposible al intendente de

(1) Génesis, *ibid.*

(2) *Hick*, según Manethón, significa *rey* en la lengua sagrada, y *sos* significa *pastor* ó *pastores*, en el idioma vulgar. «C'étaient, dice P. Gaffarel, des bandes formées du ramassis de toutes les tribus errantes de l'Asie... Ils entraînent sur leur chemin les nations encore informes qui végétaient dans les déserts ou les montagnes.» *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, pág. 34.

(3) Génesis, xxxix, 7.

(4) *Vigouroux*. Bible et Déc. mod. t. II, pág. 41.

una casa hablar con la mujer de su amo (1). Sin embargo, la historia de la tentación con que fué probado José en la casa de su amo, está al parecer relatada en la obra de un autor egipcio que la conocía quizás por la tradición. Este autor se propuso entretener con esta novela el príncipe que fué más tarde Seti II, sucesor de Mneptah. La narración de Moisés es evidentemente histórica; y, si el cuento de *Los dos Hermanos* es fantástico, da al menos una multitud de minuciosidades de la vida doméstica de este tiempo, que confirman la perfecta veracidad de la histo-

(1) Un estudio más profundo de las costumbres egipcias nos enseña lo contrario. Hé aquí las palabras de un egiptólogo racionalista: «Les esclaves, dice J. Soury, entraînent dans le gynécée, les mains chargées de fines tuniques brodées aux couleurs éclatantes, de boîtes à parfums, d'écrins remplis de colliers et de bracelets, de miroirs de bronze et de précieux coffrets aux hiéroglyphes, nous dirions aux armes de la maîtresse de maison. Etendue dans un fauteuil d'ébène incrusté d'ivoire, elle se fait accommoder et habiller par ses femmes: l'une tord ses noirs cheveux en tresses fines et nombreuses, non sans ajouter quelques fausses nattes; une autre couvre ses bras, ses chevilles et sa poitrine d'anneaux, de pierreries et d'amulettes; elle essaye quelques bagues d'or à chatons graves, choisit les pendants d'oreille qu'elle portera dans la journée, et, tandis qu'on ouvre les étuis à collyre, qu'on délaie dans les cuillers de toilette les divers ingrédients employés à teindre les ongles, les sourcils et les cils, elle écoute vaguement, caressée par le souffle de chasse-mouches, une douce musique de luths, de harpes et de flûtes.» *Etudes historiques sur les religions de l'Asie antérieure*, págs. 166-167.

Tales eran, añade Vigouroux, después de haber citado este trozo, la vida y las ocupaciones de la mujer egipcia: de aquí resultaba una gran corrupción en sus costumbres.

ria escrita por Moisés, y de la cual es probablemente una reminiscencia (1).

La virtud del joven esclavo le llevó á la cárcel: tenía entonces unos veinte y ocho años.

§ III.

Interpretación de los sueños del Faraón.

Es sabido que José debió su elevación á la Corte del Faraón al haber explicado unos sueños misteriosos mandados por Dios á sus compañeros de cárcel. Su reputación de intérprete había empezado en la cárcel por la profecía que hizo á los reales eunucos, al jefe de los panaderos y al copero mayor.

La fortuna, en efecto, estaba asegurada entonces á los que tenían la reputación de hábiles en interpretar sueños: las novelas llenas de hechicerías (2); los innumerables papiros mágicos; los manuales explicativos de las visiones nocturnas, nos demuestran que la astrología y la magia gozaban de gran predicamento en Egipto, y que los Faraones tenían la costumbre de reunir á los adivinos para consultarles acerca de los sueños que creían de inspiración divina.

(1) Véase Maspero: *Contes populaires de l'ancienne Egypte*, Paris, 1882.

(2) Ebers, *La hija del Rey de Egipto*, t. I, pág. 318, nota 168. *Ibidem*, t. II, pág. 351, nota 42. Véase la elegante y fiel traducción de D. Gaspar Sentifión.

Habiéndose mostrado José ser más hábil que dichos adivinos (1) en la interpretación de los dos sueños del rey, mereció ciertamente el honor que le dispensó el Faraón. Sería fácil demostrar por medio de los dibujos que se encuentran en los monumentos coetáneos, que las particularidades de la introducción de José en la Corte del Faraón á que se refieren las Sagradas Escrituras, son poderosos argumentos para hacer patente que el autor de estas narraciones no ignoraba nada acerca las costumbres de la Corte de Tanis (2).

§ IV.

Colocación del collar á José por el Faraón.

Como señal distintiva del poder con que el Faraón revistió á José, se quitó su propio anillo y lo puso en el dedo de éste; le hizo vestir después con vestimentas de lino, y le colgó del cuello un collar de oro.

Todos los grandes personajes egipcios representados en los monumentos se ven condecorados con el collar (3), dice Vigouroux. Es curioso

(1) Génesis, xli, 8, 25.

(2) Vigouroux, *ibid.* Lib. III, cap. VI y VII, con varias representaciones de monumentos.

(3) Existe en el museo del Louvre una estela representando al Faraón Mneptah, mientras asiste á la colocación del collar con que ha condecorado á su ministro Horkhem.

que en esto, lo mismo que en otras muchas particularidades, hayan alegado los racionalistas, ántes de los descubrimientos de la egiptología, como prueba de la falta de autenticidad del Pentateuco, las circunstancias más característicamente egipcíacas de la narración del mismo. Nos será, pues, permitido concluir que si los sabios más hábiles de Alemania se han engañado tan groseramente en el presente siglo al atacar esta parte del Génesis, hubiera sido imposible á toda persona que no fuera Moisés, referir, algunos siglos después, y en país diferente, historias llenas de tantas minuciosidades, hablando sin ninguna pretensión arqueológica y con la exactitud de un hombre que describe las cosas que ha visto (1).

El racionalista Bohlen dice desdeñosamente acerca de la colocación del collar á José: «*Apenas si es necesario que hagamos notar que estos objetos de lujo, particularmente las piedras cortadas, pertenecen á una época posterior á la de Moisés.*» Jamás recibió la incredulidad mentís más humillante: á nuestra presencia están los testigos que deponen en defensa de la Biblia.

A propósito de una visita hecha al museo de Bulaq, cerca del Cairo (2), Le Camus se expresa en estos términos: «La platería ha sido un

(1) Más abajo léese en el artículo III, § V, una cita de Hengstenberg.

(2) El Domingo, 27 de Febrero de 1888.

arte precoz en casi todos los pueblos, y lo fabricado hace más de tres mil años no desmerecería en los cofrecitos de los plateros actuales de París: brazaletes perfectamente trabajados, sobre los cuales se ostentan figuritas grabadas en vidrio azul; una cadena de oro de la que pende un delicioso escarabajo; una rica diadema; anillos, alfileres y mil pequeños objetos de los que se encuentran en los tocadores de las señoras; todo construido en oro, marfil y piedras preciosas, llenan de admiración á los visitantes. La reina Ahotpu, en tiempo de los *Reyes Pastores*, (quizá á la vista de José y de los hijos de Jacob) se adornó con estas joyas que se han encontrado casi todas en su sarcófago (1). Aquella reina Ahotpu, ó mejor Aah-Hotep (2), de quien tanto se admiran las joyas (3), era madre de Ahmés I, el faraón que rechazó á los Hicksos.

(1) *Le Camus*, Notre voyage aux pays bibliques; Paris, 1890, t. I, pág. 41.

(2) Según A. Mariette, Lenormant, Fontane y otros.

(3) «Ni la Grèce, ni l'Etrurie, n'ont fourni, en fait de bijoux, rien qui soit, pour la grandeur du style, pour l'élégance et la pureté des formes, pour la perfection du travail, supérieur à ces bijoux de la reine Aah-Hotep.» F. Lenormant, Les prem. civil., t. I, pág. 248. «Les bijoux de la reine Aah-Hotep sont les œuvres d'art principales de cette époque (XVIII^e dynastie). Ce sont des bracelets ornés de perles d'or, de lapis, de turquoise et de cornaline; des poignards à lame d'or ou d'argent; une hache au tranchant d'or massif; des flacons, des anneaux, des figurines où l'on chercherait en vain une faute de goût.» M. Fontane, Les Egyptes, pág. 291.

§ V.

Otras costumbres egipcias indicadas en el Génesis.

En un trabajo tan breve como ha de ser el presente, fuerza es abandonar algunos datos cuya suma utilidad nos es preciso, sin embargo, indicar, siquiera en demostración del carácter completamente egipciaco de la historia de José.

El heraldo que precedía al carro del hijo de Jacob (1), pronunciaba la fórmula ordinaria:

אֲנִי

Sabemos ahora, por los papiros, que esta palabra tiene que traducirse *inclinarse la cabeza*, y no *arrodillarse*, como todos los comentadores interpretaban, ántes de los descubrimientos egiptológicos. Nos damos cuenta, así, que el autor del Pentateuco no había hecho otra cosa que insertar en su relación la misma palabra egipciaca.

A propósito del casamiento que el Faraón Apapi hace contratar á José con Asenath, hija de Putifar, sacerdote de On, notamos que el nombre de aquella joven es típicamente egipciaco, significando *que pertenece á Neith* (2), la diosa de Menfis.

(1) Gen., xli, 43.

(2) M. Fontane, Les Egyptes, 419-421.

La venida de los hermanos de José á Egipto no es un hecho raro, como dicen los racionalistas, pues en los tiempos de hambre era el Egipto á donde recurrían las naciones vecinas.

El modo con que José recibe á sus hermanos; los regalos que le ofrecen; la manera con que les hace comer aparte; los reproches que les dirige tratándoles de espías (1); la copa de que había usado José, según afirmaban sus criados, para adivinar lo futuro (2); la acogida que el rey *semita* Hicksos hace al *semita* nómada Jacob, que se refugia en sus tierras, y esto á pesar del horror con que los egipcios trataban á los pastores (3); la administración de los graneros

(1) En la estela del rey Horsiateg, es cuestión de cincuenta espías enviados á un país enemigo.

(2) No se puede deducir del texto sagrado que José hizo sortilegios. *Div. Tom.*, Summa Theol., 2.^a 2.^o q. 195, art. 7.^o

(3) Gén., XLVI, 34.

Siempre ha sido el Egipto país de hechicerías. Refiere el sabio Lane maravillas del *Espejo de tinta* con que adivinan los modernos egipcios. Sirve éste para el mismo uso que la *copa* de José, y consiste en un papel que tiene una mancha de tinta en medio de las nueve cifras dispuestas así:

4	9	2
3	5	7
8	1	6

Mirando en la mancha de tinta, el adivino ve aparecer, en su negra superficie, todo cuanto le piden. Un inglés, según nos refiere él mismo, solicitó que un adivino viera al almirante Nelson, del cual de seguro nunca había oído hablar. El

egipcios por un intendente superior (1); la gran abundancia y el hambre que se sucedieron, hecho que ha pasado varias veces en la historia de aquel país (2); la traslación al Faraón de la propiedad de todas las tierras del Egipto, *traslación que los papiros indican sin decir cómo se hizo*, son hechos de que se hallan pruebas casi palpables en los monumentos, papiros y pinturas al fresco (3).

§ VI.

Embalsamamiento del patriarca Jacob

Moisés, después de haber resumido á grandes rasgos la administración de José en Egipto, cuenta la muerte de Jacob y añade que José «*mandó á los médicos que tenía á su servicio embalsamar el cuerpo; los cuales, en cumplimiento de lo mandado, gastaron cuarenta días: que tal era*

hechicero echó una mirada sobre la mancha de tinta, y dijo sin pestañear: «Distingo un buque, y en él un hombre que viste un traje europeo, negro, y que no tiene el brazo izquierdo.» Efectivamente le faltaba un brazo al ilustre almirante, pero era el derecho.—Véase *Ebers*, Egipto, t. II, pág. 70.

(1) Las inscripciones jeroglíficas nos dan los nombres de varios jefes de los graneros públicos: Chemneht, Chaemba, Mentothept, etc.

(2) En tiempo del Kalifa El-Mustansir-Billah hubo también un hambre que duró siete años, de 1064 á 1071.

(3) *Chabas*, Recherches pour servir à l'histoire de la XIX^e dynastie, pág. 75.

la costumbre en embalsamar los cadáveres; y lloróle Egipto setenta días (1).»

Estas palabras resumen todas las costumbres de los egipcios en el duelo de los grandes personajes, y gracias á los descubrimientos egiptológicos podemos imaginarnos cómo fué embalsamado Jacob.

Su cuerpo fué desnudado, limpiado y extendido en el suelo; un cirujano clavó en su nariz un instrumento de hierro con el cual rompió los tabiques del cerebro para sacar los sesos que fueron reemplazados por alquitrán líquido muy puro, que, con el tiempo, había de solidificarse. Las entrañas, el hígado y el corazón, fueron extraídos por una hendidura practicada con un *silex* en el costado izquierdo del cadáver; lavaron las cavidades intestinales con vino de palma y las llenaron de perfumes y aromas (2).

Concluidas estas operaciones preliminares empleárouse en hacer el duelo los cuarenta días de que habla Moisés, mientras el cuerpo se empapaba en *natrón* líquido, para que se volviese incorruptible en esta especie de salmuera. Al sacar el cadáver de semejante baño, quedaba convertido en un esqueleto cubierto de una piel amarillenta, conservando sus facciones á pesar de que las mejillas quedarían un poco más flacas y los labios encogidos. Entonces empezaron á amor-

(1) *Génesis*, capit. 1, 2, 3.

(2) Véase más detalles en *Maspero*: Lectures historiques, págs. 133-139.

tajar al Patriarca: fué ceñido su cuerpo por gran cantidad de pequeñas cintas (1) y metido en un doble ó triple ataud.

Después de los setenta días de luto fijados por los rituales cuando se trataba de las exequias de un gran personaje, el cuerpo de Jacob fué llevado á Palestina y sepultado en Hebrón en la cueva doble del campo de Ephrón. Esta cueva contenía seguramente los cuerpos de los patriarcas en el tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, y el historiador Josefo habla de sus féretros de mármol blanco (2), los cuales existen aún, según varios sabios viajeros; mas los musulmanes no han permitido nunca penetrar en esta cueva guardada cuidadosamente en la ciudadela de *El Kalil*, el antiguo Hebrón (3).

(1) El egiptólogo *Mariette* ha medrado la largura de las cintillas reunidas de una sola momia, y ha hallado que estaba rodeada de cinco mil metros.

(2) *Josefo*, Antig., I, XIV.

(3) «Il est non-seulement possible, mais très probable, dit M. Porter (*Handbook for Syria and Palestine*, 1875, p. 405, que les restes des patriarches, spécialement le corps de Jacob embaumé à la manière égyptienne, sont encore dans leurs tombeaux... Peut-être le jour n'est pas éloigné où le mystère sera éclairci.» Voir aussi E. H. Palmer, (*The desert of the Exodus*, 1871, T. II, p. 397).

Les corps momifiés à la manière égyptienne sont si bien conservés que si l'on en fait macérer une partie dans l'eau chaude, elle reprend l'apparence naturelle de la chair et se putréfie ensuite quand on l'expose à l'action de l'air. (*J. N. Hoare*, Religion of the ancient Egyptians, dans le *Nineteenth Century*, Décembre 1878, p. 1119. » *Vigouroux*, *ibid.* t. I, pág. 516, nota.

José tenía cerca de cincuenta y seis años cuando murió su padre: cincuenta y cuatro años más tarde, falleció él, á la edad de ciento diez. Su cuerpo fué embalsamado según la costumbre egipciaca, y tres siglos después fué trasladado á Sichem en la *tierra de promisión*.

Gracias á los descubrimientos egiptológicos, los enemigos de los Libros Sagrados no se atreven ya á impugnar la historia de José como lo hicieron sus antecesores Böhlen, Tuch y sus discípulos: los adelantos de esta ciencia les han dado los más rudos mentís, viéndose muchos de ellos obligados á acudir á hipótesis tan inaceptables como el suponer que los autores (1) del Pentateuco hubieron de ser arqueólogos y egiptólogos de tan gran sabiduría que no cometieron error alguno con respeto al Egipto, aunque, según ellos, escribieron varios siglos después del Exodo (2). Todo hombre de buena fe ha de reconocer que nosotros los católicos estamos en lo cierto atribuyendo á Moisés, con nuestras venerandas tradiciones, la composición del Pentateuco, con lo cual damos la explicación más cumplida y más aceptable del carácter perfectamente egipciaco de la historia de José.

(1) Toda la escuela racionalista afirma que el Pentateuco es obra de varios autores.

(2) Del siglo nono al quinto ántes de Jesucristo.

ARTÍCULO II

PERSECUCIÓN DE LOS HEBREOS

§ I.

Expulsión, por Ahmés, de la última dinastía de los Hicksos ó Pastores.

Dejando aparte el Génesis, voy á proceder al exámen de los quince primeros capítulos del Exodo, comenzando por el que nos refiere las persecuciones que sufrieron los hijos de Jacob.

El Génesis concluye con la muerte de José, dejando vislumbrar en sus últimas líneas la esperanza del regreso á la tierra de Canaán. El día de la restauración se hizo esperar cuatro siglos (1), durante los cuales las 70 personas que formaban la familia de Jacob (2) se habían convertido en una nación de 600,000 hombres, capaces de empuñar las armas.

¿Qué sucedió durante estos cuatro siglos?

Recientes descubrimientos nos permiten asegurar que Jacob fué recibido en Egipto por un Faraón de la segunda dinastía de los Hicksos, Apapi II, probablemente, según una antigua

(1) Exodo, xii, 40.

(2) Gén. xlvi, 27.

tradicción averiguada, y confirmada, aunque tímidamente, por los sabios Brugsch, Birch, Lenormant, Robiou, Mariette, etc.

Los reyes pastores Shalit, Bnón, Apachnas, Apapi I, Jannas y Assés (1), habían luchado sucesivamente contra la dinastía XIVª, y Assés había logrado relegarla á Tebas en la parte alta del Egipto; mas los Faraones indígenas de Tebas, sometidos á los Hicksos durante tres siglos, alcanzaron por fin venganza. Ahmés, rey tebano de la dinastía XVIIª, logró ocupar á Tanis, capital de los Hicksos, y, habiendo rechazado á la dinastía usurpadora de los Pastores (dos siglos quizás después de muerto José), pudo ceñir su frente con el *pchent*, la doble corona encarnada y blanca de los monarcas egipcios (2).

Preciso me era referir estos hechos históricos para explicar el versículo 8 del primer capítulo del Exodo, que hasta hoy día no había podido entenderse. Dice este verso: «Se elevó en Egipto un nuevo rey que no conocía José.» La falta de detalles sobre el cambio de dinastía impedía comprender cómo el Faraón había podido olvidar á los descendientes del *Salvador de Egipto*.

El rey Ramsés I había muerto sin posteridad. Seti I, que fué su sucesor, aunque no era de sangre real se había casado con una hija de Ramsés I, de cuyo matrimonio nació Ramsés II. Seti I

(1) *M. Fontane*, Les Egyptes, pág. 255, y *Vigouroux*, loc. cit.

(2) *Maspero*, Histoire ancienne, págs. 50, 51.

fué solamente un Faraón regente, como resulta de una inscripción traducida por Francisco Lenormant.

§ II.

Moisés arrojado al Nilo bajo el reinado de Ramsés II.

Ramsés II fué el Faraón que persiguió á los hebreos, según Rougé y Chabas seguidos por la casi totalidad de sabios egiptólogos franceses, ingleses y alemanes, como Lenormant, Sayce, Lepsius, Brugsch, Ebers, etc. (1).

(1) *Vigoureux*, Bibl. et Découv. mod., pág. 250.

«Au nombre des faits parfaitement constatés dont il n'est pas plus possible de faire abstraction que de déclarer, ce qui serait plus simple, qu'il n'y a pas eu d'Exode du tout, il faut placer celui de l'autorité incontestée exercée par les deux rois dont parle l'Écriture. Le premier règne en paix, et prend tranquillement ses mesures en vue de la possibilité de la guerre (Exode, I, 10). Il bâtit des villes et fait cultiver les terres. Son successeur hérite de la même situation; c'est à lui seul que Moïse et Aaron s'adressent: lui seul commande. Il est entouré d'hierogrammates habiles qui fomentent sa résistance au départ des Hébreux; il règne sur l'Égypte entière, car l'Égypte entière כְּלִי-מִצְרַיִם fut frappée de la dernière plaie, lorsqu'il n'y eut pas de maison où il n'y eût un mort (Exode, XII, 30). Il possédait une armée considérable avec laquelle il s'efforça de reconquérir les Hébreux fugitifs. Le texte sacré nous apprend que cette armée comprenait six cents chars de guerre et toute la cavalerie de l'Égypte avec ses gé-

Como algunos han negado que haya vivido Moisés en el tiempo de Ramsés II, vamos á dar un documento precioso, fechado del reinado de aquel monarca, que confirma, á no poder más, las afirmaciones del primer capítulo del Exodo.

El Faraón, en este capítulo, da á los israelitas el nombre de *hebreos*, que es el que tuvieron desde su origen.

Pues, en el documento á que nos referimos, y que ha sido interpretado por Chabas, hallamos que *los hebreos* estaban empleados, bajo la vigilancia de un poderoso cuerpo de tropas egipcias —los Madchahu—en construir un palacio para el Faraón Ramsés II.

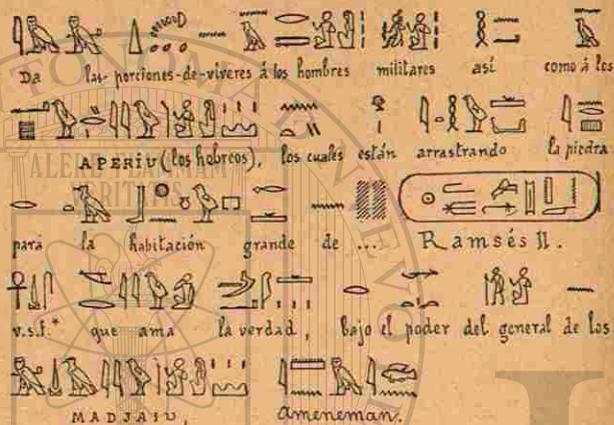
Vamos á dar este documento según el texto jeroglífico original tal como lo hallamos en Chabas.

El escribano *Kausiar* da cuenta en él, á su

néraux. Tous ces détails, ainsi que celui de la richesse de l'Égypte en vêtements, en vases d'or et d'argent (Exode, XI, 2; XII, 35), conviennent admirablement à la dernière partie du règne de Ramsés II, et au règne de Mneptah I, qui n'eut qu'une guerre sérieuse du côté de l'ouest de l'Égypte. Si le pharaon qui poursuivit les Hébreux est Mneptah I, comme je le crois fermement, il aurait agi en cette circonstance exactement de la même manière que lorsqu'il poursuivit les Libyens après sa victoire: *Alors se mirent les cavaliers qui (étaient) sur les chevaux de S. M, à leur poursuite* (Duemichen, I, Hist. Inscr., IV, 38).

Ce détail est une preuve de plus ajoutée à tant d'autres de la parfaite exactitude de la Bible dans le récit des événements. Chabas, *Recherches pour servir à l'histoire de la XIX^e dynastie*, págs. 156, 157, 158.

dueño Bekentah, de una orden que le había sido dada en los siguientes términos:



«Se trata en dicho texto, dice Chabas, de la construcción, por los hebreos, de la residencia favorita de Ramsés II, en la ciudad de Rhamsés, su lugar predilecto, celebrado con entusiasmo en gran número de documentos. Conviene hacer notar que el nombre de los hebreos, según está escrito en el texto jeroglífico, expresa regularmente la idea el pueblo extranjero llamado hebreo (1).»

Los *aperiu* del texto egipcio son, pues, los *haberiim* (2) ó *aperiim* del texto hebreo

עבריים

porque, admitiendo el plural egipcio la final *u*,

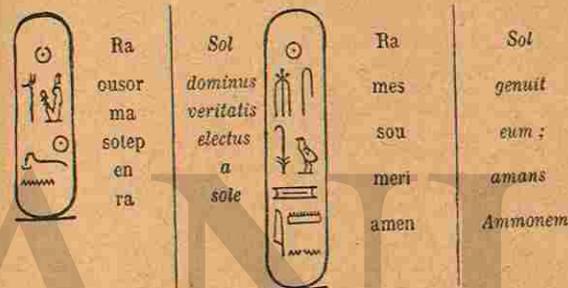
(*) Es decir: Vida, Salud, Fuerza.

(1) F. Chabas, Recherches pour servir à l'histoire de la XIX^{me} dynastie, pág. 143.

(2) Escribimos *haberiim* y no *hiberiim* por razón del ך.

el hebreo *haberiim* ha resultado en egipcio *abe-riiu* ó *aperiü* (1).

Dice la Biblia (2) que el reinado del Faraón perseguidor de este pueblo fué muy largo; pero, entre todos los reinados de la dinastía XIX^a, el de Ramsés II,—Ra-mes-sou-meri-amen (3)—es



ÓVALOS DE RAMSÉS II

el solo que reúne las condiciones de duración indicadas por el texto bíblico.

En efecto, este monarca, según Manethón y una inscripción de Ramsés IV en Abidos, reinó,

(1) Algunos egiptólogos han negado, sin motivo suficiente, la identificación de los *aperiu* con los *hebreos*. Chabas (Recherches sur la XIX^{me} dynastie) ha rechazado á Eisenlohr (Págs. 99-100) y á Maspero (Págs. 101-104).—Brugsch, que admitía ántes esta identificación, la niega hoy día, pero, á pesar de eso, confiesa que los *aperiu* eran de raza semita y habitaban entre el Nilo y el mar Rojo. ¿Qué pueblo era, pues?

(2) Exodo, II, 23.

(3) F. Chabas, ibidem, pág. 79.

solo, más de 66 años, además de los veinte durante los cuales había reinado junto con su padre Seti I; de modo que si juntamos estas dos épocas nos da un reinado de 86 años (1).

ALERE FLAMMAM
VERITATIS § III.

El Faraón fundador de las ciudades de Pi-Tom y Rhamsés.

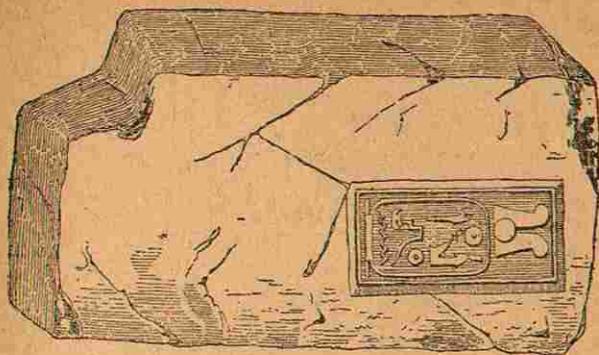
Moisés, en el primer capítulo del Exodo, nos dice que el Faraón que reinaba á la sazón era un príncipe fundador de ciudades; y el egiptólogo Mariette le denomina «Rey de paredes:» Moisés consigna el nombre de dos de las ciudades fundadas por el mismo.

Las excavaciones practicadas en Egipto acaban de descubrir estas dos ciudades, que se llamaban Pi-tom y Rhamsés.

A cada paso, en las ruinas de Tell-el-Maskhutah, la antigua Pi-tom, se encuentran ladrillos de Ramsés II (2), con el óvalo que señala uno de sus nombres: *Ra-ousor-ma-sotep-en-Ra*, es decir, *Sol dominus veritatis electus a sole*.

(1) Maspero. Ibid. p. 202.

(2) Peña y Fernández.—Manual de Arqueología, pág. 698. Hay detalles curiosos.



LADRILLO FABRICADO POR LOS HEBREOS
en la tierra de Ghesen,
REINANDO RAMSÉS II.

Gracias á los descubrimientos realizados en 1883 por el eminente egiptólogo suizo Eduardo Naville y el ingeniero francés Jaillon, se ha podido determinar el verdadero sitio en donde estaban Pi-tom y Rhamsés, y, por consiguiente, la posición del país que tenía el nombre de *tierra de Ghesen*, cuna de la nación israelita (1).

(1) Para dar á nuestros lectores una idea del hermoso país en que nació, por decirlo así, la nación israelita, insertamos en la presente nota una descripción de la tierra de Ghesen:

«Un auteur arabe a dit de l'Égypte: «D'abord mer d'eau douce, puis tapis de fleurs, enfin, campagne poudreuse.» Voilà bien, en trois mots, le tableau fidèle de ce pays, aux trois périodes par lesquelles il passe tous les ans: pendant la durée de l'inondation du Nil, l'eau le couvre tout entier; quand elle s'est retirée des terres en laissant un limon fertile, la campagne se pare aussitôt d'une riche végétation, et, lorsqu'enfin le fleuve est très bas, et que l'humidité du sol a été absorbée, tout est brûlé par une chaleur torride. Cependant, même durant cette troisième période, la désolation n'est pas complète

No habiéndose encontrado en estas ruinas ningún monumento anterior al reinado de Ramsés II, y hallándose en ellas mil veces su nombre, así en los monumentos como en los ladri-

dans le Delta et dans la vieille terre de Gessen. L'Orient garde toujours ses magnificences; le ciel, de l'azur le plus pur, est brillant et radieux, l'air est d'une transparence parfaite, et les jeux de la lumière peignent tour à tour le paysage de teintes d'or et de nuances roses ou violacées. Les arbres de cette heureuse contrée sont toujours verdoyants; la plupart fleurissent et portent des fruits plusieurs fois par an; seuls, le figuier et le mûrier perdent quelque temps leur feuillage pour reverdir en février. Il est vrai que les arbres sont en petit nombre, mais pas un village qui ne soit comme perdu au milieu d'un bosquet de palmiers, qui n'offre à l'œil ravi des acacias, des tamaris, des orangers, des grenadiers, des citronniers, quelque magnifique sycamore, le mimosa aux fleurs jaune d'or ou le bananier aux feuilles gigantesques. Des oiseaux au brillant plumage, l'ibis sacré, le flamant rose et d'autres espèces encore animent les bords du fleuve et les prairies. Le lotus couvre les canaux mêmes et les étangs de son large feuillage et de ses fleurs blanches et bleues, en forme de coupes gracieuses. Quand le Nil est rentré dans son lit, toutes les graines utiles qu'on s'est hâté de semer dans les champs, croissent et prospèrent avec une rapidité et une vigueur merveilleuses: froment, orge, épeautre, maïs, fèves, lentilles, pois, lin, chanvre, oignons, échalottes, citrouilles, concombres, melons, papyrus, montent, grandissent, fructifient à l'envi: on se croirait transporté aux jours primitifs de la création, à ce moment où la terre, dans sa première jeunesse, produisait, avec une sorte d'effervescence, les fleurs et les fruits les plus variés. L'Égypte est véritablement, comme l'appelle l'Écriture, un jardin: c'est un paradis. Partout la vie, partout l'abondance: pendant que la végétation se développe, les insectes bourdonnent, les oiseaux voltigent, les bras du fleuve sont sillonnés de légères barques de papyrus que manœuvrent avec dextérité de vigoureux rameurs, les norias tournent sans cesse et répandent, avec l'eau, la fertilité; les

llos, es notorio que fundó las dos ciudades de que habla Moisés.

Los descubrimientos egiptológicos, confirmando los más pequeños detalles del texto bíblico, fijan, pues, la fecha de la persecución de los hebreos, el lugar en donde moraron y el nombre del Faraón que les persiguió.

Después de esto, pintan con vivos colores, como vamos á verlo, á la nación hebraica, bajo el yugo insoportable de los tiranos que, según la expresión de Moisés, «los hacían pasar una vida muy amarga con las duras fatigas de hacer barro ó *argamasa*, y ladrillo, y con toda suerte de servidumbre con que los oprimían en las labores del campo (1).»

§ IV.

Situación de los hebreos en la tierra de Ghesen.

Según Eduardo Naville, cuyos trabajos han aclarado el asunto, la *Tierra de Ghesen* está si-

hommes se livrent, dans la campagne, à tous les travaux de la vie pastorale et agricole. Les villages eux-mêmes sont très pittoresques dans leur nid de verdure, mais les habitations ne sont pas en harmonie avec l'éclat et la magnificence du paysage. (Vigouroux, Bible et Découv. mod., t. II, páginas 240, 242.)

(1) Exod., I, 14. En los capítulos primero y segundo del Exodo, es cuestión no sólo del Faraón Seti I (II, 5), si que también del Faraón Ramsés II (I, 8, 15, etc., II, 23). Téngase presente que reinaron juntos, y que Ramsés II fué Faraón «desde el día en que nació» según un papiro.

tuada al Este del Delta, en la llanura baja, donde serpentean los múltiples brazos del Nilo; llanura que hoy atraviesa el ferrocarril, que, partiendo de Benah-el-Asal, llega á Ismailia.

Vamos á trasladarnos á este pequeño territorio para estudiar sobre el mismo, á la luz de los monumentos y de los papiros, la situación intolerable de los hijos de Jacob.

Mezclados con los habitantes del país (1) se habían embrutecido en sus costumbres, y con frecuencia se encontrará más adelante, en el desierto, al egipcio, bajo el blanco manto del semita. Es verdad, sin embargo, que el uso del manto, del cual raras veces se habla en el Pentateuco, hubo de hacerse bastante raro. Ayudándose de las antiguas pinturas al fresco, me represento al esclavo hebreo, miserable pastor ó pobre alfarero (2), abandonando por la mañana su choza formada de barro y rastrojo, para irse al taller, los piés desnudos, descubierta la cabeza ó protegida por un ruín bonete de fieltro, sin otro vestido que un taparrabo.

Llevaría consigo, como provisiones de boca, dos galletas de *durah*, cocidas en la ceniza; una ó dos cebollas y algunos ajos; y á veces acompañaría su provisión de aceite para empapar el pan.

Añadid á esta existencia precaria lo insuficiente de un salario pagado en especie, ganán-

(1) Exodo, XII, 13, 38.

(2) Véase *F. Chabas*,—*Recherches*, etc. Hay un texto precioso.

dolo bajo el látigo del jefe de los talleres, y recibido tan sólo mensualmente; suponed la existencia de una familia muy numerosa pendiente de tan miserable recurso, y tendréis una idea de la situación de los hebreos, en el momento en que Iaveh dirigió á ellos sus ojos misericordiosos (1).

§ V.

Una huelga de albañiles en el siglo XV antes de Jesucristo.

Después de lo dicho, no se extrañará que en aquellos tiempos como en los nuestros se verificaran huelgas por aquellos obreros: los papiros nos refieren una de albañiles con detalles iguales á los que leemos en los periódicos de nuestros días.

Los obreros, desfilando en la calle, corriendo en tropel, gritando, provocando al abandono de los talleres en donde se trabaja por el templo de Muth, presentan sus quejas á Psaru, gobernador de la ciudad y director general de los trabajos del Rey.

Otra vez se retiran todos detrás de la capilla de Tutmosu III, gritando con vehemencia delante de los intendentés asustados: «Estamos ham-

(1) Véase *Maspero*, *Histoire ancienne*, págs. 6 y 7.

brientos, y faltan diez y ocho días para llegar al mes próximo...»

El salario del pasado mes había sido insuficiente.

Sus compañeros más inteligentes habían encontrado el medio de elevar sus justas quejas, por conducta de los sacerdotes, al mismo Faraón, presentándole sus peticiones con buenas formas: «Venimos, perseguidos por el hambre, perseguidos por la sed, extenuados, sin vestidos, sin aceite, sin pescado, sin legumbres... Decidlo al Faraón nuestro dueño, decidlo al Faraón nuestro soberano, á fin de que nos dé para comer...» y, conmovido, el Faraón mandó distribuir en seguida unos cincuenta sacos de trigo.

En otra ocasión se precipitan en el patio interior del gobernador Psaru, y este, asustado por la llegada súbita del Faraón, prescribe al momento, á su intendente Khamoisit, dar trigo á todos aquellos hambrientos (1).

¡Esto sucedía en el siglo XV ántes de Jesucristo! ¡Nada hay nuevo debajo del sol!

§ VI.

Crueldad de Ramsés II.

Ha escrito Moisés que, además de la construcción de las ciudades, en cuyo trabajo se quebran-

(1) Véase para más detalles *Maspero*, *ibidem*, páginas 34 á 38.

taban los temperamentos más fuertes, Ramsés II dictó contra los extranjeros, demasiado numerosos á su parecer, órdenes crueles.

Prescribió á dos comadronas (1), cuyos nombres egipcios (*Schif-Ra* שפיה y *Pu-ha* פיהה confirman la verdad del Texto sagrado (2), que arrojasen al río los hijos de los hebreos. Esta orden fué sin duda ejecutada con rigor, toda vez que la madre de Moisés no tuvo otro recurso que exponer á su hijo á la corriente del Nilo, después de haberle escondido por espacio de tres meses.

Los papiros, pues, nos presentan á este Faraón bajo el mismo aspecto que la Biblia.

«Sentimos un verdadero horror, dice Lenormant, al pensar en los millones de víctimas que perecieron bajo el palo de los guardas, ó por consecuencia de privaciones de toda clase, sufridas mientras fabricaban, á manera de galeotes, los grandiosos monumentos con que se engrería la soberbia del monarca egipcio. En los del reinado de Ramsés II no hay una sola piedra que no haya costado, por decirlo así, una vida humana (3).»

Moisés, salvado por la hija del rey de Egipto, instruido en la sabiduría egipcia, probablemente en la casa del Faraón Seti I (4), fué, du-

(1) Exodo, 1, 15.

(2) *Vigouroux*, *Bible et Déc. mod.*, t. II, pág. 293, nota.

(3) Citado por *Vigouroux*, *ibid.*

(4) *J. Ebers*, *Egipto*, t. II, pág. 319. Hay un grabado representando aquella casa, que aún existe

rante cuarenta años, el testigo de aquellas crueldades.

Criado por su propia madre, ocultando en su ardiente corazón vivos sentimientos de amor para con sus hermanos, mató á un egipcio que les insultaba, y, á la edad de cuarenta años (1), se vió precisado por ese crimen á huir á Madián para librarse de la ira de Ramsés. Aquel rey podía tener entonces cerca de sesenta años, y murió unos 26 años después de haber desterrado á Moisés.

Durante los cuarenta años que pasó Moisés en el desierto, las persecuciones aumentaron de día en día de tal manera que los israelitas, según dice la Biblia (2), no podían soportar el yugo cruel que pesaba sobre ellos desde el principio del reinado de Seti I (3), yugo aún hecho más pesado por su hijo Ramsés II y su nieto Mneptah I.

§ VII.

Descubrimiento de las momias de Seti I y de Ramsés II.

Antes de ocuparme de como aquellos infelices alcanzaron su libertad, hablaré de uno de los

(1) *Actos*, vii, 23.

(2) *Exodo*, ii, 23.

(3) Los sentimientos y la conducta de Ramsés II para con los hebreos, cuando era aún muy joven, demuestran hasta la evidencia que su padre Seti I fué también un cruel perseguidor de los pobres habitantes de la tierra de Ghesen.

más notables descubrimientos de la egiptología.

He dicho ya algo de la momificación de los cadáveres y de su conservación, por decirlo así, ilimitada: gracias á este sistema de embalsamamiento de una perfección completa, poseemos



MOMIA DEL FARAÓN SETI I

padre de Ramsés II y primer perseguidor de los hebreos, tal como se conserva en Bulaq, cerca del Cairo

(SEGÚN UN GRABADO DE MASPERO)

todavía los cadáveres de Seti I y de su hijo Ramsés II, que fueron los dos primeros Faraones que persiguieron á los hebreos.

Ramsés II fué sepultado en la tumba que él mismo se había hecho construir en el Valle de los Reyes (1) (Biban-el-moluk); más adelante, para salvar sus restos de manos rapaces, los trasladaron al sepulcro de Amenhotpu I, donde permanecieron durante más de dos siglos con los Faraones de las dinastías precedentes: Amhosu I, Thutmosu I, Ramsés I, Seti I (2) y las princesas de su familia.

Después de la caída de Tebas, un rey de la XXIIª dinastía quiso desembarazarse de todos aquellos cadáveres momificados, y los enterró en confusa mezcla en un rincón de la montaña, (cerca del templo de Deir-el-Bahari) escondidos tan cuidadosamente, que permanecieron ignorados allí por espacio de veinte y ocho siglos.

Todas estas momias fueron descubiertas por algunos *Felaks* que vendían poco á poco las joyas que sacaban de los féretros reales, cuando en 1871, un sabio egiptólogo francés, el señor Maspero, hizo detener á los ladrones y trasladar aquellas momias al museo de Bulaq, cerca del Cairo, donde se las sometió á un minucioso reconocimiento.

Calcúlese la impresión que sintieron el Jétive, el señor Maspero y los numerosos sabios que

(1) Este valle está situado al Este de Tebas y distante unos seis kilómetros de la misma.

(2) Véase el grabado (pág. 71) según una fotografía sacada por Maspero del mismo cadáver.

presenciaron la operación (1), cuando, después de haber desatado con gran paciencia muchas cintillas, encontraron sobre el pecho de una de

(1) Hé aquí un extracto de la relación oficial que hizo el Sr. Maspero después del reconocimiento de la momia del Faraón Ramsés II:

«La momie n.º 5233, extraite la première de sa cage en verre, est celle de Ramsés II Sésostris, comme en font foi les procès-verbaux des années VI et XVI du grand prêtre Hrihor Siamoun, X et XVI du grand prêtre Pinotmou 1er. La présence de cette dernière inscription une fois constatée par Son Altesse le Khédive et par les hauts personnages réunis dans la salle, la première enveloppe fut enlevée et l'on découvrit successivement une bande d'étoffe large d'environ vingt centimètres enroulée autour du corps, puis un second linceul cousu et maintenu d'espace en espace par des bandes étroites, puis deux épaisseurs de bandelettes et une pièce de toile fine tendue de la tête aux pieds. Une image de la déesse Mout, d'environ 1 mètre, y est dessinée en couleur rouge et noire, ainsi que le prescrivait le rituel; le profil de la déesse rappelle à s'y méprendre le profil pur et délicat de Sési Ier, tel que nous le font connaître les bas-reliefs de Thèbes et d'Abydos. Une bande nouvelle était placée sous cette amulette, puis une couche de pièces de toile pliées en carré et maculées par la matière bitumineuse dont les embaumeurs s'étaient servis.

Cette dernière enveloppe écartée, Ramsés II apparut. La tête est allongée, petite par rapport au corps. Le sommet du crâne est entièrement dénudé. Les cheveux, rares sur les tempes, s'épaississent à la nuque et forment de véritables mèches lisses et droites d'environ 5 centimètres de longueur: blancs au moment de la mort, ils ont été teints en jaune clair par les parfums. Le front est bas, étroit, l'arcade sourcilière saillante, le sourcil blanc et fourni, l'œil petit et rapproché du nez, le nez long, mince, busqué comme le nez des Bourbons, légèrement écrasé au bout par la pression du maillot, la tempe creuse, la pommette proéminente, l'oreille ronde, écartée de la tête, percée d'un trou comme celle d'une femme, pour y accrocher des pendants, la mâchoire forte et puissante, le menton très haut. La bouche, assez peu fendue, est bordée de

aquellas momias un precioso pectoral de oro puro ostentando el óvalo real de Ramsés II. Luego apareció á los ojos asombrados de los testigos de aquella escena el rostro del terrible Faraón que tanto persiguió á los hebreos. Aquel monarca volvía á parecer á la luz del sol después de más de 3,300 años, y sus facciones fueron fijadas por la fotografía, que nos ha servido para sacar las dos reproducciones adjuntas (1).

lèvres épaisses et charnues; elle était remplie d'une pâte noire dont une partie, détachée au ciseau, a laissé entrevoir quelques dents très usées et très friables, mais blanches et bien entretenues. La moustache et la barbe, peu fournies et rasées avec soin pendant la vie, avaient crû au cours de la dernière maladie ou après la mort; les poils, blancs comme ceux de la chevelure et des sourcils, mais rudes et hérissés, ont une longueur de 2 ou 3 millimètres.

La peau est d'un jaune terreux, plaqué de noir. En résumé, le masque de la momie donne très suffisamment l'idée de ce qu'était le masque du roi vivant: une expression peu intelligente, peut-être légèrement bestiale, mais de la fierté, de l'obstination et un air de majesté souveraine qui perce encore sous l'appareil grotesque de l'embaumement. Le reste du corps n'est pas moins bien conservé que la tête, mais la réduction des chairs en a modifié plus profondément l'aspect extérieur. Le cou n'a plus que le diamètre de la colonne vertébrale, la poitrine est ample, les épaules sont hautes, les bras croisés sur la poitrine, les mains fines et rougies de henné: la plaie par laquelle les embaumeurs avaient ôté les viscères s'ouvre largement au flanc gauche. Les cuisses et les jambes sont décharnées, les pieds longs, minces, un peu plats, frottés de henné comme les mains. Le cadavre est d'un vieillard, mais d'un vieillard vigoureux et robuste.»

(1) Véase la reproducción de su momia, de frente y de perfil, págs. 75 y 76. El que quisiera encontrar detalles relati-



RETRATO DEL FARAÓN RAMSÉS II

según una fotografía sacada del mismo cadáver
tal como se conserva en el Museo de Bulaq (Egipto)
(GRABADO DE MASPERO)

Verdaderamente es este el rostro del orgulloso vencedor de las altas regiones del Nilo, del conquistador invencible que la Grecia cele-

vos á aquel tan interesante descubrimiento los podrá leer en el precioso folleto (36 páginas de texto y 30 fotografías) publicado por Maspero y Brugsch con el título de *La trouvaille de Deir-el-Bahari*, (París, librería de Maisonneuve).



MOMIA DEL MISMO FARAÓN RAMSÉS II

(Vista de perfil)

bró bajo el nombre de Sesostris, del triunfador de Khetah, del infatigable constructor de templos, palacios, caminos y fortificaciones de toda clase, del monarca soberbio cuyo nombre está

grabado en todas las ruinas del Egipto, y que transmitió á sus descendientes (1) un nombre hecho glorioso por sus grandes victorias y los innumerables palacios que mandó construir.

Esta misma boca es la que ordenó á las comadronas matar á los niños israelitas, y la que pronunció la orden cruel de arrojarlos al Nilo (2): son estos mismos ojos los que vieron á Moisés, en su infancia, jugar con *Termutis*; estos mismos ojos los que más tarde echaron relámpagos de ira cuando supo el Faraón que su protegido había matado á un egipcio y se ocupaba en sublevar á los israelitas (3).

Ojalá que las investigaciones infatigables de nuestros orientalistas nos ofrezcan á menudo semejantes descubrimientos, á fin de que un día podamos contemplar también reproducciones fotográficas del rostro de José y del mismo Moisés. Si ignoramos todavía el lugar exacto en donde fué sepultado Moisés, sabemos que fué embalsamado según el modo usado en Egipto, y que

(1) El rey Ramsés II que tenía varias mujeres, como era costumbre entonces de los faraones, fué padre de CIENTO SETENTA hijos entre varones y hembras. «Les familles égyptiennes étaient habituellement nombreuses; leur nombre, pour les deux sexes, s'élevait de huit à dix et parfois au-delà... L'ancienne société égyptienne différa, en ce point essentiel, de l'état des sociétés modernes.» *Champollion-Figeac, Egypte*, pág. 173, 1.ª col.

(2) Tenía entonces unos veinte años y reinaban juntos él y su padre Seti I.

(3) *Le Camus, Notre voyage aux pays bibliques*, pág. 44.

descansa en un valle de la tierra de Moab, por la parte de Beth-Pehor (1):

ויקבר אתו בני בארץ מואב מול בית פעור
ולא ידע איש את קברתו עד היום הזה:

En cuanto á José, su momia fué traída de Egipto por sus descendientes y depositada en el suelo pedregoso de Sichem (2):

וימת יוסף בךדמאה ועשר שנים
ויהנפו אתו ויושם בארון במצרים:
ואת-עצמות יוסף אשר העלו בני ישראל ממצרים קברו
בשכם

Samaritanos, judíos, turcos y cristianos están acordes en reconocer en aquel sitio el lugar de la sepultura del patriarca José. Ninguna excavación se ha practicado aún para encontrar estos restos preciosos: hagamos votos para que en el porvenir se realice su descubrimiento.

ARTÍCULO III.

FIN DEL CAUTIVERIO

§ I.

El Génesis fué un llamamiento á la libertad.

A primera vista, el Génesis se nos presenta tan sólo como un cuadro genealógico; mas, examinándolo atentamente, se ve el propósito de

(1) *Deuter.*, xxxiv, 6.

(2) *Gén.*, I, 26.—*Josué*, xxiv, 32.

Dios, de dirigir á su pueblo escogido un *llamamiento á la libertad* (1).

Moisés, en diez narraciones que empiezan todas por las mismas palabras en el texto original,

אלה תולדות

se propone un objeto que es fácil adivinar, un objeto completamente de actualidad: quiere persuadir á su nación de que ha llegado el tiempo de abandonar la tierra de Ghesen para ir á fijarse para siempre en el país prometido por Dios á Abraham, á Isaac y á Jacob; exalta el sentimiento religioso de Israel, y eliminando las demás familias descendientes de Abraham, le señala la de Jacob como la única elegida por Iaveh. Les dice que es la sola á que Dios ha prometido y jurado dar la tierra de Canaán; que aquella tierra es la en que descansan sus abuelos, y que el mismo José pidió que fuesen llevados en ella sus huesos; que ha llegado la hora de romper el yugo de los Faraones; que los hijos de Abraham no están destinados á la servidumbre sino á la libertad; en fin, en cada frase, Moisés parece dirigirse á demostrar á los israelitas que han de partir enseguida para la *tierra de promisión* (2).

Las hojas de este Libro, en las cuales Moisés evita cuidadosamente hablar del Faraón y de las

(1) *Vigouroux*, Livres Saints et critique rationaliste, t. III, págs. 25-102, (Segunda edición).

(2) *Vigouroux*, *ibid.*

descansa en un valle de la tierra de Moab, por la parte de Beth-Pehor (1):

ויקבר אתו בני בארץ מואב מול בית פעור
ולא ידע איש את קברתו עד היום הזה:

En cuanto á José, su momia fué traída de Egipto por sus descendientes y depositada en el suelo pedregoso de Sichem (2):

וימת יוסף בךדמאה ועשר שנים
ויחנמו אתו ויושם בארון במצרים:
ואת-עצמות יוסף אשר העלו בני ישראל ממצרים קברו
בשכם

Samaritanos, judíos, turcos y cristianos están acordes en reconocer en aquel sitio el lugar de la sepultura del patriarca José. Ninguna excavación se ha practicado aún para encontrar estos restos preciosos: hagamos votos para que en el porvenir se realice su descubrimiento.

ARTÍCULO III.

FIN DEL CAUTIVERIO

§ I.

El Génesis fué un llamamiento á la libertad.

A primera vista, el Génesis se nos presenta tan sólo como un cuadro genealógico; mas, examinándolo atentamente, se ve el propósito de

(1) *Deuter.*, xxxiv, 6.

(2) *Gén.*, I, 26.—*Josué*, xxiv, 32.

Dios, de dirigir á su pueblo escogido un *llamamiento á la libertad* (1).

Moisés, en diez narraciones que empiezan todas por las mismas palabras en el texto original,

אלה תולדות

se propone un objeto que es fácil adivinar, un objeto completamente de actualidad: quiere persuadir á su nación de que ha llegado el tiempo de abandonar la tierra de Ghesen para ir á fijarse para siempre en el país prometido por Dios á Abraham, á Isaac y á Jacob; exalta el sentimiento religioso de Israel, y eliminando las demás familias descendientes de Abraham, le señala la de Jacob como la única elegida por Iaveh. Les dice que es la sola á que Dios ha prometido y jurado dar la tierra de Canaán; que aquella tierra es la en que descansan sus abuelos, y que el mismo José pidió que fuesen llevados en ella sus huesos; que ha llegado la hora de romper el yugo de los Faraones; que los hijos de Abraham no están destinados á la servidumbre sino á la libertad; en fin, en cada frase, Moisés parece dirigirse á demostrar á los israelitas que han de partir enseguida para la *tierra de promisión* (2).

Las hojas de este Libro, en las cuales Moisés evita cuidadosamente hablar del Faraón y de las

(1) *Vigouroux*, Livres Saints et critique rationaliste, t. III, págs. 25-102, (Segunda edición).

(2) *Vigouroux*, *ibid.*

terribles persecuciones á que estaban sujetos sus hermanos (1), circularían entre las familias israelitas, y por la noche, después de terminado el penoso trabajo, los escribas de la raza hebrea las leerían al pueblo, comentándolas patéticamente.

A pesar de todo, el pueblo pudo pensar que la tierra de Canaán era un país poco conocido; que para trasladarse á él se necesitaba atravesar el desierto, y dejar, por un porvenir inseguro, la realidad de lo que se poseía; que podíase mejorar su suerte bajo el sucesor del actual Faraón, etc. Estas consideraciones no estaban fuera de razón, mas la hora de la Providencia había sonado, y Dios envió á su pueblo dos hombres que lo salvaran «con brazo poderoso (2).» Eran estos los hermanos Aarón y Moisés, que tenían ya más de ochenta años.

Moisés habiendo permanecido durante muchos años en la Corte de Ramsés II y conocido al nuevo Faraón Mneptah I (3), cuando aún este era joven, podía presentarse al monarca egipcio con mucha libertad.

(1) De todo esto hablará más tarde en sus otros escritos.

(2) Exodo, III, 19, 20.

(3) Se puede afirmar (Véase Art. II, § II, nota) que Mneptah es el Faraón del Exodo. El sabio de Moor, en la *Recue des questions historiques* (1891), dice: «Mneptah fut enseveli dans un tombeau qu'il s'était lui-même préparé.» Vigouroux, en *La Bible et les Découvertes modernes*, escribe: «Le Pharaon (Mneptah) ne fut cependant pas noyé comme son armée. Le texte sacré ne le dit point et l'his-



EL FARAÓN MNEPTAH I

el décimolercio de los 59 hijos varones de Ramsés II a quien sucedió.

Persiguió á los hebreos y se ahogó quizás en el mar Rojo.

(SEGÚN UN GRABADO DE J. EBERS)

toire égyptienne suppose le contraire, il fut enseveli á Biban-el-Molouk.» Sin embargo, á causa de los textos de la Biblia señalados más lejos (§ III, nota) se puede creer que pereció Mneptah en el mar Rojo; pero, con todo, es imposible, actualmente, decidir la cuestión.

§ II.

Las plagas de Egipto.

No hablaré detenidamente de las plagas de Egipto para demostrar la falsedad de la tesis racionalista que pretende explicarlas por los fenómenos naturales propios de aquel país; pero las estudiaré brevemente con el propósito de que resulte notoria la utilidad del estudio de la historia natural y climatología de Egipto para la causa de la religión.

El Nilo convertido en sangre, dicen los racionalistas, no es otra cosa que el fenómeno del *Nilo rojo*, fenómeno que se observa cada año.

Las aguas de este río, en efecto, toman todos los años, durante algunos días, un color rojizo (1); mas observaremos que aquel fenómeno no

(1) «C'était à la fin d'une nuit longue et accablante, à mon juger du moins. Au moment où je me levai du sofa sur lequel j'avais tenté vainement de dormir, à bord de notre bateau, que le calme avait surpris au large de Beni-Souéf, ville de la Haute Egypte, le soleil montrait tout juste le bord supérieur de son disque au-dessus de la chaîne arabique. Je fus surpris de voir qu'à l'instant où des rayons virent frapper l'eau, un reflet d'un rouge profond se produisit sur-le-champ. L'intensité de la teinte ne cessa d'augmenter avec l'intensité de la lumière: avant même que le disque se fut dégagé complètement des collines, le Nil offrait l'aspect d'une rivière de sang. Soupçonnant quelque illusion, je me levai à la hâte, et

se verifica nunca ántes del mes de Julio y que, mientras dura, el agua del Nilo es mejor aún que de ordinario.

Al contrario, las aguas del río, convertidas en sangre por Moisés, se hicieron muy nocivas á la salud; el milagro se verificó en Febrero y no en Julio; y además, si se tratara solamente del fenómeno tan conocido del *Nilo rojo* no sería cosa tan admirable que los augures del Faraón hubiesen imitado á Moisés en este prodigio.

La plaga de las ranas (que sería más propio llamar plaga de los sapos, el צפרדע del cual habla la Biblia siendo el *tsfodah* de los árabes); la de los mosquitos כניס (1); la de las moscas; la peste de los animales; las úlceras; las tempestades y el granizo; las langostas y la plaga de las tinieblas (efecto probable del terrible viento del desierto llamado *chamsin*) son verdaderamente plagas del país, y los egipcios contemporáneos tienen que sufrirlas como los del tiempo de Moisés (2),

me penchai par-dessus le bordage. Ce que je vis alors me confirma dans ma première impression. La masse entière des eaux était opaque, d'un rouge sombre et plus semblable à du sang qu'à toute autre matière avec laquelle j'aurais pu la comparer. En même temps, je m'aperçus que la rivière avait haussé de plusieurs pouces pendant la nuit, et les Arabes vinrent m'expliquer que c'était la le *Nil rouge*.» (*Bansen, Bibelwerk*, t. V, pág. 128, citado por Vigouroux).

(1) Algunos traducen esta palabra por *piojos*.

(2) Se encuentran detalles muy interesantes sobre estas plagas consideradas como fenómenos naturales, en *Champollion-Figeac, Egypte ancienne*; y en *Vigouroux, Bible et Découvertes modernes*, t. II.

mas, conociendo estas plagas naturales, podemos juzgar perfectamente de la diferencia que existe entre ellas y las que fueron enviadas por Dios, porque es totalmente imposible asimilar los fenómenos naturales del Egipto con dichos milagros. Escogió Dios, para castigar á los egipcios, *plagas naturales en aquel país*, como sucede generalmente que así affige á los habitantes del Norte, verbigracia, con fenómenos de la naturaleza muy diferentes de los que les servirían para castigar á los habitantes de los trópicos.

Moisés, pues, no creó estas plagas, mas las evocó cuando fué conveniente; duplicó su natural malignidad; las hizo aparecer en una época del año que no les era propia; cuando le plugo les mandó cesar y cesaron en el acto.

De esta suerte, conociendo bien el Egipto y su clima, podemos luchar con ventaja contra los racionalistas, usando de las mismas armas que emplean para combatir la Biblia (1).

§ III.

Décima plaga y muerte del hijo del Faraón Mneptah I.

Con esta última plaga Dios hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto «desde el pri-

(1) El que haya leído *J. Ebers* (Egipto, 2 tomos en 8.º mayor, ESPASA Y C.ª Barcelona) tendrá una idea muy exacta de aquel país. Es la única obra de consideración sobre este asunto publicada en castellano hasta la fecha.

mogénito del Faraón, sucesor del trono, hasta el primogénito de la esclava que hace rodar la rueda en el molino,» nos dice la Biblia (1).

Preguntemos á la egiptología si nos podrá enseñar algo relativamente á la muerte del hijo del Faraón Mneptah (2).

Existe en el museo de Berlín una gran estatua de aquel rey, en la cual está representado «su hijo primogénito, el príncipe real asociado al Imperio (como lo demuestra el *wreus* que está encima de su cabeza), el cantor que ama, su hijo querido, etc.»

Este hijo se llamaba Mneptah, teniendo el mismo nombre que su padre.

«No es excesiva credulidad, dice el sabio egiptólogo Lauth, ver en este joven príncipe aquel mismo hijo del Faraón de que habla el Exodo en el capítulo XII, 30, diciendo «Hé aquí que á la »media noche el Señor hirió de muerte á todos

(1) Exodo, XI, 5.

(2) Atendiendo á las expresiones de la Biblia, parece probable que pereció Mneptah en el mar Rojo (Exodo XIV, 17, 18, 23, 28.—XV, 1, 4, 5, 10, 21—Salmo CXXXV, 15). Es bueno sin embargo recordar el trozo siguiente de F. Chabas: «*Avant la neuvième année de son règne il (Mneptah I) avait désigné pour héritier du trône son fils Sêti II Mneptah, qui lui succéda en effet. On ne sait s'il régna beaucoup plus longtemps, mais il eut le temps d'achever sa tombe dans la vallée de Biban-el-Molouk, à Thèbes. Son hypogée, auquel Wilkinson a donné le n.º 8, commence par un passage ouvert d'environ 13 mètres de longueur; les corridors n'ont été déblayés que jusqu'à la première salle sur une longueur de 55 mètres;... (Recherches, etc. p. 115). Véase más arriba (§ I), la nota que empieza por Se puede afirmar...*

»los primogénitos en la tierra de Egipto, desde
 »el primogénito de Faraón que le sucedía en el
 »trono, hasta el primogénito de la esclava.» Is-
 rael es, colectivamente, el primogénito de Ia-
 veh.

Es importante observar que en la Biblia y en
 el monumento de Berlín el hijo del Faraón tiene
 el mismo título. El monumento le da el de *Re-
 pa-seps*, ó sea de «asociado al Imperio,» y la Bi-
 blia dice «que está sentado en su trono (1),»

הַיֵּשֶׁב עַל־כִּסְּאוֹ

§ IV.

**Lo que ha sacado de Egipto el autor
 del Pentateuco.**

Moisés afirma que él mismo ha escrito el Li-
 bro de la Ley (2), y, en efecto, del exámen de su
 narración se desprende fácilmente que presenció
 el autor los sucesos del Exodo, pues en ella el
 recuerdo de Egipto es muy reciente.

Prescindiendo de otras particularidades, de-
 mostraré que Moisés tomó mucho del *culto exte-
 rior* y de la *lengua* de los egipcios: lo cual se
 explica perfectamente, puesto que él y su na-

(1) *Exodo*, XII, 29.

(2) *Exodo*, XXIV, 4.

ción acababan de salir de Egipto después de
 una larga permanencia en aquel país (1).

Queriendo, ante todo, conservar pura en su
 nación la idea del monoteísmo, prohibió en ab-
 soluto la representación de divinidades múltiples,
 siendo de notar que de estas algunas fueron
 adoradas en el Egipto exclusivamente en aquel
 tiempo, como sucede, por ejemplo, con los rep-
 tiles. Además, todas las divinidades egipcia-
 cas que había visto el pueblo, durante su mora-
 da en Egipto, se hallan claramente designadas
 en los capítulos IV y V del Deuteronomio.

Moisés había conocido la alta sociedad faraó-
 nica, constituida en gran parte por la clase sa-
 cerdotal. Bajo la inspiración de Dios establece
 un sacerdocio análogo al que había visto en los
 templos de Egipto. La tribu de Leví es escogida
 milagrosamente, y de ella saldrán los sacerdo-
 tes que tendrán que practicar ritos misteriosos,
 según reglas minuciosamente fijadas por escrito.
 Estos sacerdotes guardarán, como los de Egipto,
 los Libros Sagrados; serán singularmente privi-
 legiados entre sus hermanos; llevarán traje par-
 ticular y tendrán entre sí un orden jerárquico;
 los considerarán como los doctores de la nación.

No contentándose aún el autor del Pentateuco
 con haber sacado de Egipto la concepción de
 una tribu sacerdotal, buscará en aquel mismo

(1) Creemos que no todos los judíos abandonaron el Egip-
 to con Moisés. Véase *Peña y Fernández*, lugar cit., pág. 694,
 y *F. Chabas*, *Recherches*, etc. págs. 163-164.

país la forma de sus vestidos, de sus pectorales y otros ornamentos; ordenará también las mismas ofrendas de perfumes y sacrificios de aves. El *Tabernáculo*, con sus dos recintos, sus columnas, sus piscinas y su disposición interior, será calcado en los templos egipcíacos, según lo permitan la necesidad de tener un templo portátil y la naturaleza de los materiales empleados en la construcción del mismo.

El *arca* no es otra cosa sino el arca egipcíaca, la *bari*, especie de cofre precioso llevado en procesión, en hombros de los sacerdotes, conteniendo las estatuas de los dioses ó las momias de los animales sagrados. Los monumentos nos muestran hasta los querubines que cubren el arca santa con sus alas (1).

El *racional del juicio* nos recuerda el pectoral colgado del cuello de Osiris, juez de los vivos y de los muertos.

El *urim* y el *tumim* son cosas tan egipcíacas que Moisés ni siquiera juzgó útil explicar á los suyos en qué consistían, puesto que todos recordaban su uso.

Los últimos versículos del primer capítulo del Levítico explican minuciosamente cómo se han de inmolar las palomas. La *estela de Antef*, publicada por primera vez por Vigouroux, podría servir de ilustración á este trozo de la Biblia,

(1) Véanse varias reproducciones en *Champollion-Figeac*, (*Egypte ancienne*) y *Fillion* (*Atlas de la Bible*).

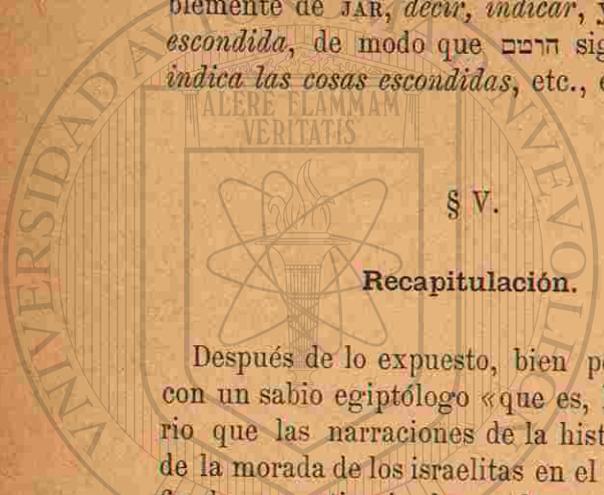
puesto que por ella se ve claramente que Moisés ordenó los mismos ritos seguidos por los sacerdotes egipcios. Moisés no manda que se ofrezcan las aves acuáticas del valle del Nilo representadas en las *estelas*, las cuales no se encuentran ni en el desierto ni en Palestina; por otra parte, Dios, que le inspiraba, pudo escoger por razones místicas la paloma, que es tan fácil de obtener en la península del Sinaí y en la Palestina; mas, si no se toma en cuenta esta diferencia, aparece que el sacerdote hebreo seguía los mismos ritos que el egipcio, inmolando el ave sin cuchillo, torciéndole vivamente la cabeza con la mano ó rompiéndole con la uña una vena del cuello (1).

Diré algo de lo que tomó Moisés á la lengua egipcíaca. En los libros que siguen al Pentateuco apenas se encuentran una ó dos palabras de origen egipcíaco, porque sus autores no habían vivido en Egipto el tiempo necesario para tomar el idioma del país; lo contrario sucede en la obra de Moisés, quien, habiendo sido educado en él, emplea á cada paso en sus obras palabras egipcíacas. He indicado ya varias al hablar de José; mencionaré ahora algunas otras:

הבה *el arca* en la cual Moisés fué expuesto es la *teb* egipcíaca, ó sea un cofre, barquilla ó cuna; גבא *caña*, es el *gam* egipcíaco; la expresión הווא על-שפת הווא significa *rió* en egipcio, y para

(1) Véase *Vigouroux*, *Livres Saints*, t. III, págs. 79-102.

decir en la ribera del río, se dice en el labio del río; el nombre de los הרמסים en singular הרמס con que se designa (en el capítulo XLI del Génesis) á los adivinos del Egipto, deriva probablemente de JAR, decir, indicar, y de TOM, cosa escondida, de modo que הרמס significa el que indica las cosas escondidas, etc., etc. (1).



§ V.

Recapitulación.

Después de lo expuesto, bien podemos decir con un sabio egiptólogo «que es, hoy día, notorio que las narraciones de la historia de José, de la morada de los israelitas en el Egipto, y del fin de su cautiverio, han sido escritas durante el recuerdo de acontecimientos todavía recientes. La minuciosa exactitud del texto no podría explicarse si el Pentateuco hubiese sido escrito en una fecha más distante de aquellos acontecimientos. Esta misma exactitud no solamente demuestra el conocimiento del Egipto, sino del Egipto tal como era durante el reinado de los Ramsés y en épocas anteriores. Lo que dice del

(1) Vigouroux, Bible et Découv. mod. (t. II, págs. 619-625, de la 4.^a edición).

—Rudolphus Cornely, Historica et critica introd. in V. T. Libros Sacros, Vol. II, 1, pág. 61.

estado del país, de las principales ciudades, de la frontera y de la composición del ejército, se refiere á aquella misma época de los Ramsés, y no á la de los Faraones contemporáneos de Salomón y de sus sucesores. Si los documentos hebreos de que se trata perteneciesen, como dicen los racionalistas, al final del período de los reinos de Judá, ¿cómo podría explicarse que representasen el estado del Egipto antiguo y no aquel en que se encontraba en tiempo de dichos reyes? ¿Por qué el Pentateuco nos describe el Egipto como un reino único sin hacer alusión alguna á la multitud de principados de que nos habla Isaías? ¿Por qué los nombres propios pertenecen á la época de los Ramsés y á tiempos anteriores sin que se pueda encontrar uno solo de estos nombres semíticos que prevalecieron con la *dinastía bubastida* de los tiempos de Salomón? Los egiptólogos han tomado las dos series de documentos, hebreos y egipcíacos, los han puesto una al lado de otra, y han hecho constar su exactitud recíproca; mas, semejante exactitud no puede ser evidentemente el resultado de una tradición transmitida al través de varios siglos (1),» y es claro que el autor del

(1) Citado por Vigouroux, Manuel Biblique, t. I, (7.^a edición) págs. 379-380. Esta excelente obra, que sirve de libro de texto en los Seminarios Conciliares de Francia, se está publicando actualmente en Madrid (Bolsa, 10) por D. Vicente Calatayud y Bonmati. Hacemos votos para que sea adoptada también como obra de texto para el curso de Sagrada Escri-

Pentateuco ha sido contemporáneo de los hechos que nos cuenta en su narración (1).

Conclusión práctica.

¿Cuál es la conclusión que de lo dicho resulta y se impone á nosotros los católicos, particularmente á nosotros los que vivimos solamente para Dios y su Iglesia? ¿No será, acaso, la de estimar en alto grado los interesantes descubrimientos que se hacen en Oriente á impulsos de los gobiernos de varios países?

Muchos son los sabios que estudian con perseverancia y ahinco, aspirando á adquirir repu-

tura en los Seminarios Conciliares de España. Está al corriente de todas las dificultades que se hacen actualmente contra la Biblia.

(1) «El Pentateuco, dice Hengstenberg, que en diferentes sitios distantes unos de otros, nos proporciona, sobre la posición y la naturaleza del país de Ghesen indicaciones evidentemente expresadas sin cálculo y sin intención, permanece sin embargo de acuerdo consigo mismo. Todas sus indicaciones acerca de la posición y naturaleza del país, son confirmadas por la realidad geográfica; en ninguna parte se encuentra pretexto para sospechar que se trate de una utopía; hay hechos que en verdad serían inexplicables, si el autor de este libro hubiese basado sus relatos en las vacilantes tradiciones del pueblo. Todo, por el contrario, conduce á creer (y éste, en efecto, es el caso en que se encuentra Moisés) que él escribió según las noticias que le proporcionaba su propia experiencia, y con toda la comodidad propia del que ha visto y tocado los objetos que describe, sin haberlos estudiado con un fin positivo.» (Manuel de la Peña y Fernández, Manual de arqueología, págs. 706-707).

tación ó por el ansia de saber: nada más legítimo; mas, para nosotros, los resultados que se obtienen por los estudios egiptológicos alcanzan un objeto mucho más elevado: la defensa del Libro Santo inspirado por Dios, contra los porfiados ataques de la impiedad. No tememos los descubrimientos de esta índole, al contrario los deseamos; porque, si por acaso contradicen, como ha sucedido ya, á varios de los comentadores de las Sagradas Escrituras, estas mismas Escrituras aparecen más claras y más luminosas al compás de los adelantos de la verdadera ciencia.

Este nombre de *ciencia* en los tiempos que atravesamos, tiene algo de mágico y de alucinador; y, lanzado por los impíos como un grito de guerra en su lucha contra la religión, ora en revistas sabias, ora en periódicos populares, ha dado á menudo aparentes victorias á los enemigos de la divina Revelación.

A nosotros nos toca evidenciar que son engañosos estos triunfos, y que no tienen nada de serio.

Es preciso demostrarlo á los sabios católicos, entregados á estudios de diferente índole, á los estudiantes de los Seminarios Conciliares que se preparan para el cargo de defensores de la religión en todas las esferas, á la juventud que frecuenta las Universidades del Estado, en las cuales se encuentran (aunque afortunadamente por excepción) algunos profesores que han renegado la fe de su bautismo, y que, con el ligero bar-

nís de una ciencia mal digerida, hacen todo lo posible para engañar vergonzosamente á la juventud sin defensa que se ve obligada á frecuentar sus cursos.

¡No, la nación católica por excelencia, la patria de los grandes teólogos no se dejará aventajar por ningún país en las cuestiones que tocan á la defensa de la fe!

Este Congreso es una magnífica prueba de lo que digo.

He aquí por qué me atrevo á formular la proposición de que al terminarse este Congreso se tome la resolución de fundar una ó varias revistas científicas redactadas por lo más selecto de los sabios católicos de la nación.

Estas publicaciones, difundidas en todas partes, se dedicarían á demostrar que *no hay conflicto posible entre la ciencia y la fe* (1), y que los descubrimientos verificados en Egipto, Palestina, Asiria, Persia, etc., dan un brillante testimonio de la veracidad de la Biblia.

Es la única conclusión que me permito presentar á la alta sabiduría y á la consideración de esta asamblea católica, suplicando á la misma se digne tomarla en cuenta para su respectiva discusión.

(1) *Etsi enim fides sit supra rationem, nulla tamen vera dissensio nullumque dissidium inter ipsas inveniri unquam potest, cum ambæ ab uno eodemque immutabilis æternæque veritatis fonte D. O. M. oriantur.* (Pío IX, Enciclica del 9 de Nov. de 1846).

ÍNDICE

	Pags.
CENSURA Y APROBACIÓN.	
PRÓLOGO.	
BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA	
Introducción.	
Origen, progresos é importancia de la Egiptología.	15
Sección primera.	
<i>Ventajas de los estudios egiptológicos para la controversia científico-religiosa.</i>	
§ I Creacionismo.	24
§ II Monoteísmo primitivo y huellas de una Trinidad.	26
§ III Inmortalidad del alma. Juicio de los muertos. Cielo é infierno.	28
§ IV Diluvio. Cronología bíblica. Antigüedad del hombre.	30
§ V Puntos de contacto entre la historia de los israelitas y la de los egipcios.	34
Sección segunda.	
<i>Las inscripciones jeroglíficas de los monumentos y papiros egipcios, descifradas en la época presente, dan un brillante testimonio de la verdad del Pentateuco.</i>	
PARTE EGIPCIACA DEL PENTATEUCO	
Artículo I.	
Historia de José.	
§ I José es vendido á Putifar.	41
§ II José, intendente de Putifar, es tentado por su dueña.	43

nís de una ciencia mal digerida, hacen todo lo posible para engañar vergonzosamente á la juventud sin defensa que se ve obligada á frecuentar sus cursos.

¡No, la nación católica por excelencia, la patria de los grandes teólogos no se dejará aventajar por ningún país en las cuestiones que tocan á la defensa de la fe!

Este Congreso es una magnífica prueba de lo que digo.

He aquí por qué me atrevo á formular la proposición de que al terminarse este Congreso se tome la resolución de fundar una ó varias revistas científicas redactadas por lo más selecto de los sabios católicos de la nación.

Estas publicaciones, difundidas en todas partes, se dedicarían á demostrar que *no hay conflicto posible entre la ciencia y la fe* (1), y que los descubrimientos verificados en Egipto, Palestina, Asiria, Persia, etc., dan un brillante testimonio de la veracidad de la Biblia.

Es la única conclusión que me permito presentar á la alta sabiduría y á la consideración de esta asamblea católica, suplicando á la misma se digne tomarla en cuenta para su respectiva discusión.

(1) *Etsi enim fides sit supra rationem, nulla tamen vera dissensio nullumque dissidium inter ipsas inveniri unquam potest, cum ambæ ab uno eodemque immutabilis æternæque veritatis fonte D. O. M. oriantur.* (Pío IX, Enciclica del 9 de Nov. de 1846).

ÍNDICE

	Pags.
CENSURA Y APROBACIÓN.	
PRÓLOGO.	
BIBLIA Y EGIPTOLOGÍA	
Introducción.	
Origen, progresos é importancia de la Egiptología.	15
Sección primera.	
<i>Ventajas de los estudios egiptológicos para la controversia científico-religiosa.</i>	
§ I Creacionismo.	24
§ II Monoteísmo primitivo y huellas de una Trinidad.	26
§ III Inmortalidad del alma. Juicio de los muertos. Cielo é infierno.	28
§ IV Diluvio. Cronología bíblica. Antigüedad del hombre.	30
§ V Puntos de contacto entre la historia de los israelitas y la de los egipcios.	34
Sección segunda.	
<i>Las inscripciones jeroglíficas de los monumentos y papiros egipcios, descifradas en la época presente, dan un brillante testimonio de la verdad del Pentateuco.</i>	
PARTE EGIPCIACA DEL PENTATEUCO	
Artículo I.	
Historia de José.	
§ I José es vendido á Putifar.	41
§ II José, intendente de Putifar, es tentado por su dueña.	43

ÍNDICE

	Págs.
§ III Interpretación de los sueños del Faraón.	46
§ IV Colocación del collar á José por el Faraón.	47
§ V Otras costumbres egipcias indicadas en el Génesis.	50
§ VI Embalsamamiento del patriarca Jacob.	52

Artículo II.

Persecución de los israelitas.

§ I Expulsión, por Ahmés, de la última dinastía de los Hiccsos.	56
§ II Moisés arrojado al Nilo bajo el reinado de Ramsés II.	58
§ III El Faraón fundador de las ciudades de Pi-Tom y Rhamsés.	62
§ IV Situación de los hebreos en la tierra de Ghesen.	65
§ V Una huelga de albañiles en el siglo xv ántes de Jesucristo.	67
§ VI Crueldad de Ramsés II.	68
§ VII Descubrimiento de las momias de Seti I y de Ramsés II.	70

Artículo III.

Fin del cautiverio.

§ I El Génesis fué un llamamiento á la libertad.	78
§ II Las plagas de Egipto.	82
§ III Décima plaga y muerte del hijo del Faraón Mneptah I.	84
§ IV Lo que ha sacado del Egipto el autor del Pentateuco.	86
§ V Recapitulación.	90
Conclusión práctica.	92

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEN
R
C
LIOTE

00